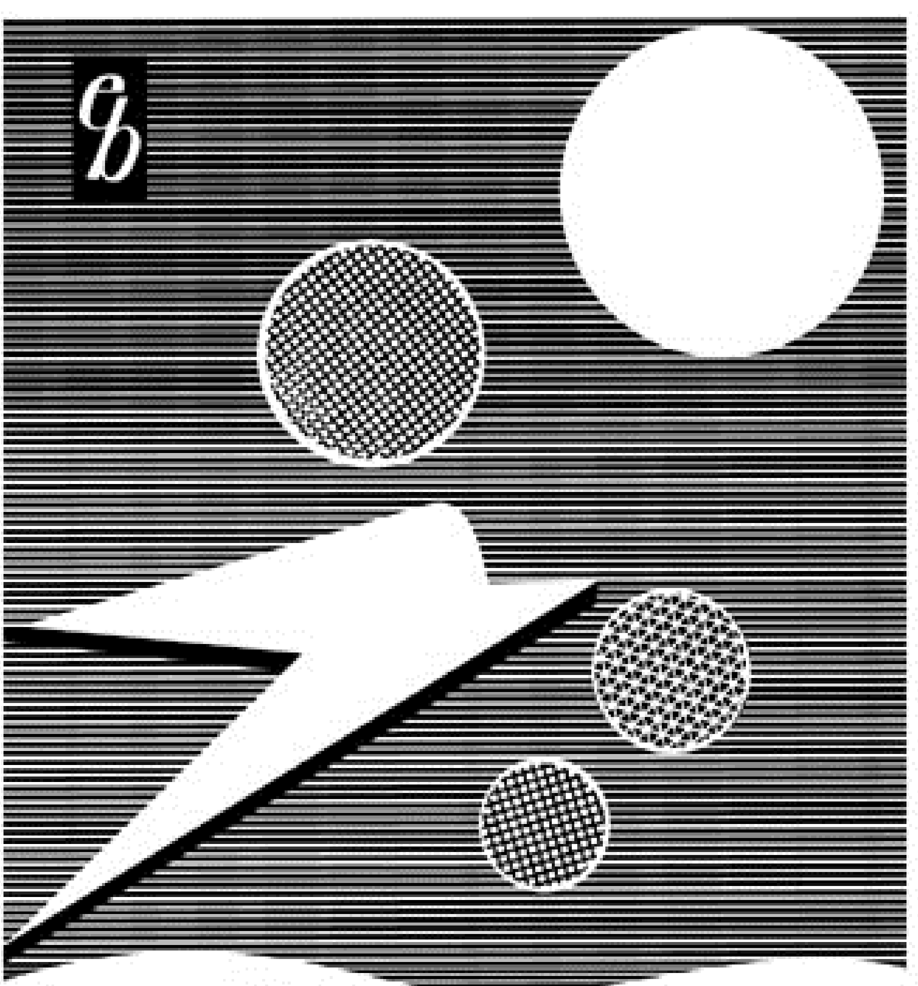
DESTERRADA DE LAS ESTRELLAS

CURTIS GARLAND

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

33 – ¡Todos seremos hipnotizados! – *Keith Luger*
34 – Jinetes satánicos – *Peter Debry*
35 – El elegido – *Marcus Sidéreo*
36 – Voces tenebrosas – *Peter Debry*
37 – El hombre que vino del año 5.000 – *Keith Luger*

CURTIS GARLAND

DESTERRADOS DE LAS ESTRELLAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 38
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 12.169 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor de ***EDITORIAL BRUGUERA*. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona *(España)*

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o

actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

PRÓLOGO

Mi nombre es Deneb.

Y Deneb significa Cisne.

Eso lo averigüe hace poco. La Computadora lo dijo. En lenguaje de algunos seres del Universo, Deneb es eso: Cisne. Y Deneb es una estrella.

Yo, que soy hija de las Estrellas, tengo nombre de estrella. Así debe de ser.

No sabía siquiera que tuviese nombre. Nunca utilicé un nombre. Hasta ahora, solamente tuvo sentido algo para mí: un número de orden. El Número.

Y unas cifras de control. Las Cifras. Número y Cifras. Orden y letras. Control.

Todo eso tiene sentido en mi vida. Lo demás, no.

Pero la Computadora me está enseñando muchas, muchísimas cosas. La Computadora es mi mejor amiga. Mi mejor amiga. Mi única amiga. Y cuando no hay más que una amiga, ésa es la mejor de todas.

Yo, Deneb, voy hacia mi destino.

No sé cuál pueda ser ese destino. Sólo sé que hay en el cielo, entre las estrellas infinitas y hermosas de donde vengo, de donde soy, adonde pertenezco, una llamada Deneb.

Y Deneb ha sido mi nombre. La Computadora me ha bautizado. Ella dice que hay que tener un nombre. Todo tiene un nombre, aquí donde ahora estoy. Y dondequiera que vaya.

Puedo ver a Deneb, desde aquí. A la auténtica Deneb. A la estrella que me dio nombre. A Cisne.

Tiene 1,26 de magnitud aparente, según la Computadora. Es de color blanco. Blanco brillante. Resplandeciente.

Esa es Deneb, la Estrella.

Yo soy Deneb, la Mujer. El ser viviente. La hija de las Estrellas.

El viaje ha comenzado. No sé cuándo terminará. Esas cosas nunca se saben. Se lo he preguntado a la Computadora. Y la Computadora no ha contestado. No ha dicho nada de nada. No me ha dado solución. No parece conocer bien el futuro. Es lo único que no conoce.

De todos modos, no importa demasiado. Alguna vez terminará. No tengo prisa. ¿Qué es un período de tiempo para mí? ¿Qué es un espacio de medida para las estrellas de donde yo vengo?

Nada. Apenas nada. Un diminuto chispazo de luz en la eternidad de este Universo sin límites. Un ramalazo de nebulosa claridad, entre miríadas de nebulosas inmensas. Apenas eso. O menos aún.

Yo, Deneb, no debo preocuparme del futuro. De mi futuro. Ya llegará. El futuro siempre llega. Eso lo he aprendido de la Computadora. Todo lo aprendo por la Computadora. No nací con las cosas sabidas. Tuve que aprenderlas. Y las he aprendido aquí. Aquí. A solas con ella. Con mi amiga. Con la Computadora.

Mi futuro está ahí. En alguna parte, en algún rincón de esas estrellas entre las que me desplazo. Y si no fuese así… mi vida sería rodar. Rodar siempre, de mundo en mundo, de estrella en estrella, de galaxia en galaxia, de nebulosa en nebulosa. Desde el principio

del Tiempo, y hasta el fin del Tiempo…

Sí. Ese puede ser mi destino.

Pero quizá encuentre algo. Algún lugar. A alguien. Quizá…

Mientras tanto, sigo viajando. Mientras tanto, recorro mi camino. Mi ruta de estrellas y astros, de planetas y mundos, de vacío y nebulosas, de luz y de sombras. De vida y de muerte. De cosas que fueron y ya no son; de cosas que no son y serán. El Universo es expansión constante. Los astros nacen o mueren, sin apenas transición. Sin solución de continuidad.

Aquellas remotas luces que puedo ver en los horizontes sin color del gran vacío sideral, no existen ya. Existieron. Dejaron de ser, hace miríadas de divisiones del Tiempo, se llamen éstas como se llamen en cada lugar del Cosmos. Pero existen extraños fenómenos relacionados con eso del Espacio y del Tiempo. Uno puede ver cosas que ya dejaron de ser.

Y uno no ve lo que está siendo, lo que empieza a ser. En fin, son cosas que voy aprendiendo lentamente, porque hasta ahora no me preocuparon en absoluto. Ni supe que fuesen como son.

Quizá mi mente necesita variar. Adaptarse. Eso es: adaptarse. Tratar de ser distinta a quien soy. A quien siempre fui desde que nací.

No tengo más remedio que empezar a ser alguien.

Un ser viviente, con un nombre. Deneb es bonito. Me gusta. Suena bien. Cisne…

Dicen que en algunos lugares de este Universo, un «cisne» es un animal blanco, majestuoso, esbelto y hermoso, de plumaje delicado, de arrogancia en su

modo de deslizarse sobre el azul de ese elemento líquido llamado… llamado «agua». Sí, eso es; agua. Así me ha dicho la Computadora que se llama. Agua.

Agua azul. Azul como los cielos que tienen color, más allá de la negra noche del vacío estelar, del abismo intergaláctico e interplanetario. Azul. Un hermoso color. Azul como mi pelo, como la tonalidad nacarina de mis uñas… Blanco de cisne para mi piel sedosa; azul de agua remansada para mis cabellos largos, suaves y lánguidos. Oro de chispas remotas de una galaxia dorada, para mis ojos de jaspeados de ámbar y luz aurífera. Naranja de aurora boreal, de crepúsculo planetario, para mis labios ávidos de palabras, de murmullos, de algo más cálido y estremecedor. De algo que la Computadora, mi fiel amiga, llama… llama de un modo extraño.

Ella lo llama… Sí; lo llama… BESO.

Beso.

¿Por qué tiemblo, al pensar en ello? Yo, Cisne. Yo, Deneb. Beso… Amor…

Amor.

¿Debo pensar en esto? ¿Me lo autorizan mis leyes?

La Computadora dice que eso no importa ya mucho. Estoy al margen de mis leyes. No estoy obligada a ellas. Si los míos no me desean a su lado, ¿qué importan sus leyes ya? ¿Qué importa nada de cuanto ellos dijeron?

Amor…

Es una hermosa palabra. Un sublime concepto. Hay algo de él en todo lo que veo, en todo lo que abarco y recorro. Amor. Sí, Con amor se hizo esto. No pudo ser

de otro modo. Con amor, un Creador, no sé quién, hizo esto. Luces, miríadas de luces. Oscuridad de centurias, de remoto pasado, de insondable futuro, de incierto presente. Tiempo o Espacio. Espacio y Tiempo. Vacío. Nada. Y algo. Y Todo.

En todo hay Amor. Él fue Amor. Amor hizo esto. Amor es cuanto me rodea. Amor a lo que existe, a lo que existirá, a lo que dejó de existir.

Amor a la Obra. Amor a lo Hecho. Amor a los que somos. A nosotros, Sus Criaturas.

¿Por qué, entonces, mis leyes prohíben amar? ¿Por qué?

¿Por qué, yo, Deneb… he sido enviada fuera de mis mundos, desterrada para siempre de las estrellas?

—¿Por qué? ¿Y hasta dónde? ¿Hasta cuándo terminará mi éxodo cósmico, mi errante vida de caminante solitaria de las rutas de astros y galaxias?

No debo pensar más en eso. No es conveniente.

Mi Computadora es buena amiga. Leal consejera. Me dice que es malo pensar en ciertas cosas. Es malo obsesionarse, atormentarse la mente con esos problemas. La Computadora ha encendido, de repente, su roja luz de alerta.

Es un aviso. Un noble aviso. No debo pensar más. No debo hacerlo. No porque ninguna ley me lo prohíba. Sólo por mí. Por mí misma. Por mi propia suerte, por mi seguridad.

Me debo a ella. La Computadora me obedece a mí. Y me orienta. Yo debo obedecerla cuando me da alguna orden. Es por mi bien. Es sólo por mí.

Me pide que duerma. Que me encierre en mi

cápsula hermética. Que repose. No sé cuánto. Acaso un instante. Acaso una eternidad. Para mí, ¿qué importa un momento fugaz, qué significa un milenio?

—Sí, fiel amiga —le digo, obediente—. Voy a dormir. Voy a mi cápsula...

Y camino hacia ella. La Computadora pestañea sus luces diversas, complacida. Luego, todo se adormece a bordo. La Computadora; yo misma. Estoy dentro de la cápsula de vítreas paredes translúcidas, en el Departamento de Hibernación.

El viaje sigue. La nave se mueve por mundos, nebulosas, sistemas solares ignotos, por el negro vacío sin principio ni fin de la noche de los Tiempos y los Espacios.

De repente, algo ocurre.

La Computadora pestañea súbitamente, excitada. La luz de alarma da guiños desesperados. Mi cápsula de hibernación se agita.

Trato de hacer algo. De salir, de moverme, de ir a averiguar lo que sucede. Y no puedo. No puedo hacer nada.

La tapa de la cápsula no se mueve. No puedo salir. El frío se extiende por mi cuerpo para conservarme en suspensión. No quiero que eso ocurra. Porque algo está pasando allá afuera. Algo terrible.

Se ha estropeado mi fiel amiga. La Computadora despide chispas. Arde un punto de su complicado tablero. Quisiera hacer algo por ella. Por mí también...

Maldito frío... Me invade. No puedo hacer nada. Acorcha mi mente, adormece mis músculos, cierra mis ojos. Mi cuerpo desnudo, blanco y turgente, se agita en

vano. Primero con fuerza. Luego, con paulatino descenso de energías. Mis senos palpitan ya menos, parecen reposar, fláccidos, aunque son firmes y duros como peñascos de alabastro rematados de rubíes. Mi desnudez física es ya frío mármol en reposo. Mi mente tiene un destello, un atisbo final de lucidez, antes de sumirse en el gélido reposo que puede ser ya eterno, porque la Computadora estalla, arde, chisporrotea sin cesar, y la nave da bamboleos trágicos en el vacío eterno del Universo.

Lo sé. Es el fin. Mi fin. El de la Computadora. El de todo.

Un destierro eterno. Que termina en la negrura de la muerte. En el no despertar nunca jamás. En el dormir eternamente. Hasta el fin de los tiempos, perdida entre las galaxias y los mundos. En la Nada.

Y llega esa Nada. Ha llegado. Me invade. Me envuelve. Me absorbe. Me engulle.

Después... eso mismo. Vacío. Negrura. Insensibilidad. Olvido.

Nada.

« … y luzcan en el firmamento de los cielos para alumbrar a la Tierra… »
GÉNESIS, 1-15.

CAPÍTULO PRIMERO

No le gustaba su misión.

Nunca le habían gustado esa clase de misiones.

Y la de ahora, mucho menos.

Transportar penados a sus confines siderales, a los mundos y asteroides donde debían cumplir su larga sentencia de trabajos forzados, en castigo a sus delitos, generalmente horribles crímenes que las nuevas legislaciones humanitarias de los Gobiernos terrestres, habían dejado de purgar con la pena capital, no era una tarea agradable.

Él estaba conforme con la legislación actual. La Justicia no era quién para ordenar la fría y deliberada muerte de un ser humano en la cámara de ejecuciones. Así, el crimen que se pretendía castigar, se repetía por parte de un mecanismo legal, convirtiendo la acción justiciera en venganza, el castigo en rencor, la ley, en brazo ejecutor despiadado. Matar, estaba vedado al Hombre por la propia palabra de Dios. Pero el Hombre siempre se había rebelado, inconscientemente o conscientemente, contra su Creador. En las guerras se mataba. En los procesos, también.

Si el asesino que había matado, era a su vez muerto por un sistema legal, ¿quién era el asesino? El opinaba que ambos a la vez. Por eso encontró lógico, humano y razonable, suprimir la pena capital en todo el orbe. Caín había cometido un crimen execrable: un fratricidio. Dios le marcó, para que nadie le ejecutase en venganza. Su castigo mayor era vivir al Este del Edén, no ser muerto como él mató. Pero eso, el

Hombre lo había olvidado. Nadie con mayor capacidad para el olvido que el ser humano… sobre todo cuando quiere olvidar.

Así, los condenados por asesinato, siempre sufrían el mismo destino, conforme a la legislación actual: reclusión a perpetuidad en un lejano cuerpo celeste, sometido a rígidas disciplinas, duros castigos y controles severísimos.

Para ir desde la Tierra a esos mundos inhóspitos, fríos, mil veces peores que el propio silencio eterno y oscuro de la Muerte, hacían falta sistemas de transporte. Las livianas, modernas y eficaces naves del grupo *Dolphin*, eran las adecuadas para ello.

Habitualmente, los delincuentes que cometían crímenes sangrientos eran escasos. El mayor nivel educativo, cultural, los sistemas de adaptación y de cultivo psicomental, daban paulatinamente sus frutos.

Pero cuando había uno que constituyera un auténtico peligro para la sociedad, los jueces resolvían su inmediato traslado a un Centro Penal del Espacio.

Y ése era el caso de Rushkegee.

Rushkegee era un criminal nato. No admitía readaptación ni regeneración moral o psicológica. Y, por tanto, su destino era inexorable; un asteroide de castigo.

La nave *Dolphin-31* había sido seleccionada para la misión. Por tanto, el comandante Lennox había sido el encargado de conducir a Rushkegee hasta su destino final, en el espacio exterior.

Cuando la computadora FGB-1034, le proporcionó la cartulina de órdenes, se sintió disgustado. Al iniciar

su viaje, con el penado Rushkegee a bordo, su disgusto aumentó de grado. Y no le abandonó, ni siquiera cuando la Tierra empezó a ser un brumoso globo azul, allá en la distancia, a espaldas de su majestuoso, rápido y moderno *Dolphin* de la flota aeroespacial de Estados Unidos de Euroamérica.

Pero no podía escapar al sistema burocrático en que vivía inmerso, como todo el mundo en el planeta. No hay sistema perfecto; el actual era correcto, pero tenía sus inconvenientes, como cualquier otro. La obediencia y la disciplina eran, a veces, uno de esos inconvenientes. Necesario, acaso imprescindible. Pero molesto. Sobre todo, tratándose de trasladar a un asesino como Rushkegee.

Porque la ley que permitía aplicar la pena capital, sería injusta para el comandante Lennox, de la Fuerza Espacial de las Naciones Federadas de Occidente. Pero lo cierto es que si alguien la hubiera merecido más que otro, dentro del criterio de Lennox de no admitirla como válida para defensa de la sociedad y ejemplo de delincuentes, ese alguien, sin dudarlo un solo instante, hubiera sido un solo hombre: Atwill Rushkegee, convicto de varios asesinatos alevosos y feroces, cometidos con absoluta sangre fría y total desprecio hacia la vida del semejante. Por simple ambición y codicia como motor del delito. Por crueldad y deleite en la comisión del hecho abominable, en el acto de ejecutarlo. Así era Rushkegee; más bestia que hombre civilizado. Más monstruo que ser humano. Más perversidad que condición de sociabilidad, comprensión o buena fe.

Todas esas cosas habían hecho del viaje del *Dolphin-31*, una misión desagradable, ingrata y harto irritante. Kurt Lennox se sentía molesto con todo aquello. Estaba deseando dejar al reo en su asteroide, uno de los millones de cuantos recorrían, como pedruscos flotantes en un inmenso círculo celeste, el llamado «cinturón de Van Allen», más allá de Marte, y en la ruta cósmica hacia Júpiter.

Uno de esos asteroides, el A-VA-1079, (O Asteroide-Van Allen 1079), para ser más exactos y no referirse a él por su anagrama oficial en las Cartas Celestes modernas, era su objetivo, su meta. Hubiera sido un viaje rutinario, sin grandes problemas, de haber sido hecho con diferente intención. La presencia a bordo del penado Rushkegee lo cambiaba todo.

Y lo estropeaba considerablemente, siempre a juicio de Kurt Lennox. Juicio que, naturalmente, era el que prevalecía dentro de la esbelta y amplia astronave, de holgada capacidad, dotación de una docena de hombres, incluido el propio comandante, y total autonomía de vuelo en un amplio radio de acción. Solamente si fallaban los sistemas de propulsión iónica de a bordo, los controles de Tierra actuarían automáticamente, enmendando cualquier fallo y dirigiendo a la nave a través de complicados sistemas a distancia. Pero eso casi nunca sucedía con un vehículo sideral de la serie *Dolphin*, los más modernos y perfectos que existían para viajes de ese tipo.

Lennox no era supersticioso. Estaba muy por encima de esas cosas, gracias a su desarrollo psíquico y mental, y su excelente grado de cultura. Sin

embargo, le daba aprensión el viaje, al margen de que fuesen, exactamente, trece pasajeros a bordo de la nave, contando al recluso con rumbo a los asteroides Van Allen.

Pero estaba el factor «disciplina». La obediencia. Y eso vencía todo posible motivo de protesta, negativa o disgusto manifiesto. Había sido designado para la misión, bien; la cumpliría, aun contra su propia voluntad.

Kurt sentía total confianza en su tripulación. Seis pilotos y técnicos de motores iónicos, se ocupaban de la marcha de los sistemas de propulsión de a bordo, ruta convenida, y demás circunstancias. Eran como los marineros de un navío, dispersos en máquinas y dependencias, para el perfecto funcionamiento de las cosas de a bordo. Otros seis, constituían la parte totalmente experta del *Dolphin-31*. Esto es; el médico de a bordo, que era a la vez cirujano, investigador científico y controlador de alimentación concentrada, deshidratación de alimentos y dietética de los hombres de la tripulación. Los cuatro restantes compañeros que, con Lennox, constituían la fuerza rectora de la nave, eran el encargado de transmisiones, comunicación por radio, televisión o cualquier otro procedimiento, bien con Tierra, otras naves y Colonias terrestres en el espacio, la Luna o Marte, el jefe de Electrónica, rigiendo a la complicada cibernética de la Computadora General; el primer oficial, auténtico brazo derecho suyo, su segundo de a bordo, y finalmente el último miembro de la tripulación; el muchacho de color, Brian Tagana, el joven africano

experto en estudios metafísicos, parapsicología y profundas investigaciones sobre transmisión mental. Telepatía y todo eso.

Sí; Brian Tagana era telépata. Un fenómeno parapsicológico de gran potencia mental. Un hombre especializado en captar mensajes de otros seres, por vías diferentes a las normales. Si fallaba la radio, la televisión o la transmisión vía láser de reciente implantación en las aeronaves, allí estaba él. Sus reflejos mentales eran fabulosos. Su recepción, increíble. Su proyección de pensamientos, cuando se situaba en una especie de trance y comenzaba a *transmitir*, era sensacional, y podían ser captados sus pensamientos, como auténticas frases enviadas por un sistema de comunicación normal.

Para Lennox, el joven negro, de rostro vivaz, inteligente, y sensibles ojos inquietos, era una ayuda notable. Y la prueba humana más palpable de que los racistas estuvieron equivocados lamentablemente durante siglos. Un cerebro de hombre de color africano, adecuadamente cultivado podía ser tanto o más sensible y eficaz que el de cualquier hombre blanco o amarillo. Tagana era la evidencia viviente de tal realidad humana. Y eso complacía a Lennox, cuyas ideas sobre la relación humana de los seres estaba muy por encima de cualquier prejuicio ancestral o cualquier estrechez de criterio.

Ellos eran los doce tripulantes. Y Rushkegee, el único pasajero a bordo. Pasajero forzoso, rumbo a un destino lejano y frío, como trabajador penado, en un asteroide remoto.

El viaje no le gustaba al comandante. El pasajero tampoco.

Pero estaba obedeciendo órdenes. Eso era todo.

Y el *Dolphin-31* avanzaba, por su singladura de negro vacío cósmico, a través del Sistema Solar, hacia un asteroide del «cinturón Van Allen».

De momento, no había más. Pura rutina espacial. En el siglo XXII no podía ser de otro modo. El factor sorpresa, en cosas cósmicas, estaba prácticamente desterrado, pese a las limitaciones eternas del hombre en su lucha por la conquista de los cielos y sus mundos.

No había más, en efecto. Pero eso era sólo de momento...

* * *

—¿Rumbo?

—Correcto, señor —informó el primer oficial—. Coordenadas 23'06-11'47. Sin novedad a bordo.

—Bien. ¿Algún informe de Tierra?

—Ninguno, señor. Solamente una leve corrección de ruta, para evitar una lluvia de meteoritos en la Zona A-55. Ya la hemos salvado.

—Conforme. Sigan igual en todo.

—Sí, señor —asintió el piloto. Y transmitió unas instrucciones a la sala de reactores iónicos.

Lennox contempló el inmenso vacío negro, radiante de luces, salpicado de nebulosas. Era como estar suspendido en el espacio, sin moverse siquiera. Pero él sabía cuan engañosa era esa impresión. Se movían, y a mucha velocidad. A increíble velocidad. Sólo que las referencias distantes del Universo no

permitían advertirlo con facilidad.

Bajo la gran pantalla visora del exterior, un indicador señalaba luminosamente las cifras de velocidad, rumbo y otros datos. Pero siempre convenía computarlos con el primer oficial y su controlador directo, para evitar posibles errores.

Estudió, pensativo, el sistema de alarma en la cámara de mandos. Una serie de botones rojos, luminiscentes. Ahora estaban apagados. Si uno de ellos actuaba, significaba una avería o contratiempo sin importancia. Automáticamente, un detector electrónico señalaba el punto de fallo. Si eran dos o más las luces, la importancia de ese fallo era mayor, hasta culminar en el brillo rojo de la totalidad de luces, lo cual indicaría un auténtico desastre.

Dos de esos botones estaban conectados ahora al sistema de seguridad de la celda en que se hallaba Rushkegee. Un intento de fuga, marcaría una luz. La fuga consumada, aun dentro de la propia nave, encendería dos luces. Eso, en cierto modo, sería también un desastre. Un asesino suelto, era una circunstancia grave. Muy grave. Esperaba que no llegara jamás esa circunstancia. Pero convenía estar en guardia. Siempre alerta.

La *Dolphin-31* se movía en sus coordenadas precisas, sobre el moderno sistema de mapas celestes del Sistema Solar. No había posibilidad de error. La velocidad de la nave era de tipo medio, en estos momentos. No resultaba preciso acelerar. Disponían de un mes entero para ir y volver al asteroide de penados. Cubrirían ese viaje en veintidós o veintitrés días, si

todo iba bien, aun sin forzar los reactores iónicos.

Brian Tagana entró en la sala de mandos. Estaba fuera de servicio en estos momentos. Aparte sus cualidades telepáticas y parapsicológicas, su especialidad técnica era el estudio y desarrollo de procedimientos psicotécnicos para hacer más grata la estancia de los astronautas en sus naves, cuando los desplazamientos eran largos, luchando mentalmente contra la claustrofobia, la soledad, la nostalgia que provocaba la separación del planeta Tierra, y cosas así. Llevaba un completo estudio y fichero de cada navegante, y un examen diario de sus fichas, con el control de sus reacciones y emociones durante el vuelo, permitían al joven de color mantener una estrecha vigilancia sobre el equilibrio psicomental de los viajeros espaciales.

—¿Todo bien con el preso, Tagana? —preguntó Lennox.

—Todo, señor. ¿Por qué no había de ir bien?

—No sé. No acostumbro a llevar reclusos en mi nave. Imagino que la celda y todo eso, le podrían causar un trastorno mental, en un vuelo por el espacio.

—No, no es así. Rushkegee es poco emotivo. Además, tiene en su celda cintas de videófono, para proyectar programas televisados a su gusto, sobre la pantalla mural, o bien reportajes del planeta Tierra, si así lo prefiere. Parece que los utiliza poco. Lo suficiente sólo para no sentir psicosis de aislamiento y lejanía. Lo normal, en suma.

—Eso me tranquiliza —suspiró Lennox—. No siento simpatía alguna por ese hombre, pero lo cierto

es que debe ser tratado como un ser humano que es. No deseo dejar en el asteroide un enfermo mental prematuro. Mi nave no es un vehículo de castigo, sino solamente un medio de transporte a un centro penal.

—Le entiendo, señor —sonrió la faz ancha, noble y brillante, color ébano, del joven africano—. Siempre me ha sido fácil adivinar sus ideas y sentimientos.

—¿Cómo? ¿Acaso me espías mis pensamientos? —pareció escandalizarse el comandante, aunque sonreía burlón—. ¿Utilizas tu poder telepático en mí?

—No, no —rio el negro—. Usted sabe que no es tan sencillo como todo eso. Uno no lee todo lo que piensan los demás. Y creo que es una suerte que así sea. Debo concentrarme, ¿entiende? Concentrarme intensamente, permanecer en silencio unos minutos, aislándome yo mismo de todo... y entonces empiezo a «leer» en la mente cuyas radiaciones logre captar. Eso es auténtica Telepatía. Lo demás, son trucos circenses, comandante.

—Lo sé, Tagana. Hablaba en broma —sonrió Lennox.

—Sí, señor. También yo sé eso —asintió el muchacho de color. Se acomodó en un asiento de la sección de controles, junto al primer oficial Stark—. Por el recluso puede sentirse muy tranquilo. No hay indicios de que sufra ninguna alteración mental importante. Es un hombre de reacciones violentas, duras y agresivas. Creo que anhela vengarse de algo, de alguien... o de todo y de todos. Ese es el resultado de su estudio psicomental, pero nada más. Ni claustrofobia, ni nostalgia, ni nada emotivo.

—Pues no sé lo que será peor —suspiró el comandante—. Aún nos faltan cinco días para alcanzar los Asteroides Van Allen. Ya quisiera estar de regreso… sin Rushkegee.

—En eso, todos estamos de acuerdo, señor —convino el primer oficial Stark, volviéndose con un gesto risueño, de su tarea sobre las planchas graduadas, plásticas, en que trazaba las coordenadas de la singladura espacial del *Dolphin-31*.

—Ese hombre me preocupa —declaró también Tagana, frunciendo el ceño. Su noble rostro de color oscuro, reveló intranquilidad—. Es de la peor especie conocida. Si pudiera libertarse… sería horrible.

—Horrible, sí —asintió secamente Lennox—. Por fortuna, eso no ha sucedido. Ni creo que suceda, siendo yo comandante de esta nave. Las medidas de seguridad están rigurosamente tomadas. Los sistemas de control de su celda funcionan perfectamente. Espero que nada suceda, fuera de lo previsible.

—Esperémoslo —suspiró Alvin Marsh, jefe de Computadoras, volviéndose desde su asiento, situado frente a los complicados cuadros electrónicos que regían los sistemas de a bordo, su ruta, sus motores iónicos y sus contactos constantes con las estaciones receptoras y emisoras de la Tierra, para el normal funcionamiento de la nave en su larga travesía sideral —. Yo digo siempre que un viaje por el Cosmos tiene un gran tanto por cien de imponderables, de cosas que nunca se pueden prever. Es cuestión de suerte que no se presente nunca una de esas adversas circunstancias.

—No me gusta pecar de excesivo optimismo,

Marsh, pero tampoco de pesimismo sin fundamento —sonrió Lennox—. Vale más confiar en que todo transcurra dentro de una monótona, pero tolerable rutina, ¿no les parece?

Todos asintieron sonrientes. La rutina, como decía Kurt Lennox, era irritante, fatigosa. Pero mucho mejor que un imprevisto, una adversidad, estando lejos del planeta Tierra, a merced, exclusivamente, de sus propias fuerzas, ya que cuando algo fallaba, el contacto electrónico con la Tierra y con los controles de emergencia, a larga distancia, acostumbraban a ser poco menos que nulos, como solución de sus problemas.

—Cuidado —avisó Gaar Yates, de Transmisiones, volviéndose a ellos desde su tablero de radiotelefonía y televisión—. Nos avisan de Observatorio Espacial. Hay lluvia de meteoritos en las zonas de próximo vuelo. Debemos evitar cualquier posible impacto o roce.

—Es cierto —afirmó Alvin Marsh, inclinándose sobre sus propios mandos electrónicos—. La Computadora de Seguridad ya avisa del peligro, vean la pantalla.

Se aproximaron a ella. Era verdad lo que decía Alvin Marsh. Sobre un tablero luminoso, color verde oscuro, aparecían salpicaduras, titilantes luces, en cruce vertiginoso, como estrellas errantes.

—Cada uno de esos puntos de luz en movimiento, significan la presencia de un meteorito, a menos de mil millas de distancia de nuestros detectores del exterior —señaló Lennox, ceñudo—. Algunos serán del

tamaño de una simple nuez. Otros, gruesos y afilados como peñascos desprendidos por un terremoto. Pero el impacto con cualquiera de ellos, de producirse, sería igualmente peligroso.

—Un meteorito del tamaño de una avellana, podría perforar el casco del *Dolphin* de lado a lado, con orificio de salida, metiendo dentro de la nave el frío exterior, y dando dos puntos de escape a la atmósfera y la presión internas. Sería como una aguja lanzada vertiginosamente contra un fruto maduro. Lo perforaría como si fuese una punta de acero.

Era Darrin Stark, primer oficial del *Dolphin-31*, el autor del nada halagüeño comentario. Sus compañeros le miraron fijamente. Todos sabían que lo que afirmaba Stark era cierto. El peligro de un meteorito era siempre el impacto o, simplemente, el roce brusco, pese a las dificultades de orden natural que hacían menos probable tal hecho de lo que la gente pensaba, a causa del vacío sideral, la velocidad de la nave y su propia fuerza de rechazo contra los cuerpos externos. No importaba el volumen del meteorito, sino la fuerza del impacto, caso de producirse éste.

Volvieron a sus puestos de mando, controlando la marcha de la nave por el espacio, en su ruta hacia el Cinturón Van Allen, situado entre Marte y Júpiter, a casi medio millón de kilómetros de la Tierra.

Doc Warden, el médico de a bordo, especialista en cirugía, en Medicina Espacial y en Psiquiatría, elegido minuciosamente por los Mandos de las Fuerzas Espaciales, apareció en la entrada a la sala amplia donde se dirigía y capitaneaba la singladura cósmica

del *Dolphin-31*, en su viaje celular al Asteroide Van Allen 1079.

—¿Todo bien, doctor? —preguntó suavemente Lennox, girando hacia él la cabeza.

—No del todo —respondió Warden. Meneó la cabeza de un lado a otro, contrariado—. Algo le pasa al prisionero.

—¿Algo? ¿Cómo qué, Doc? —se inquietó Lennox en el acto.

—Es un desequilibrio psíquico. Lo acabo de comprobar en el Computador Médico. Tomé su tarjeta —extrajo del bolsillo un rectángulo plástico, lleno de perforaciones en clave. Lo agitó, avanzando hacia su comandante—. Aquí señala trastornos mentales. Desequilibrio psíquico. No se había presentado hasta ahora.

—¿De qué tipo puede ser, Doc?

—No sé. No parece claustrofobia, ni psicosis espacial, ni nada de eso. Su presión sanguínea es correcta, su estado nervioso normal, su equilibrio metabólico sin altibajos… Pero de repente, se ha excitado.

—¿Excitado? ¿En qué forma, doctor? —indagó Tagana, sorprendido.

—La Computadora no lo dice. Le pido permiso para revisar personalmente al preso, Lennox.

—¿No comportará riesgo? —se preocupó el comandante.

—Ninguno, señor. Adoptaremos las precauciones habituales. Clínicamente, la reacción del preso no tiene aparente razón de ser. No se ha enfurecido ni ha

hecho acción violenta alguna. He revisado el filme televisado de sus actitudes y comportamiento en las últimas horas. Tampoco hay nada anormal en él. Durmió, tomó sus alimentos, bebió agua, también zumo de frutas, fumó, leyó unas revistas ilustradas… No reflejó exaltación ni malhumor, ni sufrió ninguna crisis.

—Bien, doctor. Vaya a ver al preso. Con cuidado. Hágase escoltar: Y conecte en la celda de Rushkegee los sistemas de seguridad extremos, para evitar sorpresas desagradables.

—Conforme. Todo lo haré así, menos hacerme escoltar. Sería contraproducente, si el preso sufre un desequilibrio pasajero de tipo psicomental. Prefiero utilizar un circuito de seguridad, evitando cualquier ataque personal de Rushkegee contra mí, en lo que dura la consulta. Cuide usted de ello, Marsh.

—Conforme —el dedo índice de la diestra de Marsh, presionó uno de los múltiples botones de diversos colores, que salpicaban su tablero, como una gigantesca máquina de escribir o un mágico teclado electrónico—. Cuando entre usted en la celda del prisionero, ya habrá una red invisible de seguridad en torno a su lecho. ¿Lleva usted consigo un electrodo para poderla cruzar en cualquier sentido?

—Sí —se tocó su cinturón—. La hebilla es electromagnética. Es suficiente.

Salió de la cámara de controles, auténtico puente de mando del *Dolphin-31*. Respiró hondo Kurt Lennox, echándose atrás cómodamente en su muelle asiento giratorio, frente a los cuadros indicadores de rumbo y

navegación.

—Me preocupa esa reacción de Rushkegee —comentó entre dientes.

Brian Tagana le miró, pensativo. Enarcó sus cejas.

—¿Por qué, comandante? —quiso saber el joven de color.

—No lo sé. Nunca me ha gustado llevar en la nave a un recluso como él. Es un asesino, eso lo sabemos todos.

—Pero las medidas de seguridad son absolutas, señor —replicó Gaar Yates—. No hay posibilidad de que suceda nada anormal con él…

—Imaginen que, por alguna causa, no fuera así. Que todo fallase a bordo.

—Imposible —rechazó Marsh—. Aunque el computador se averiase, aunque nos quedáramos sin energía, existen los sistemas de control manuales y los recursos de emergencia. Rushkegee no podría ser peligroso, en modo alguno.

—Yo insisto; ¿y si ocurriera que, por un imponderable, TODO fallara? ¿Incluso sistemas manuales, de emergencia y todo eso?

—No puede ser. Sería el final de la nave. Y el nuestro, señor.

—Cierto. Sería el fin de todos —suspiró Lennox, ceñudo—. No sé… Perdonen todos, amigos míos. Sé que estoy diciendo tonterías, pero he empezado este viaje con una rara impresión, con un presentimiento que no me gusta.

—Pues aléjelo de sí —sonrió Stark—. No va a suceder nada malo. Entre otras cosas, porque,

matemáticamente, es imposible que suceda. No existe sino una remotísima posibilidad adversa… al menos entre diez mil favorables, y por tanto…

En ese momento, todo se conmocionó.

La nave fue agitada por una fuerza colosal e inesperada. Los muros vibraron, estremecidos. La Computadora sufrió una convulsión, y empezó a derramar chispas violentamente. Alvin Marsh, con un grito ronco, fue lanzado atrás, cayendo de su asiento y rodando por la sala de controles.

En el muro, una luz roja empezó a parpadear violentamente. En una pantalla luminiscente gigantesca, en la que hasta entonces aparecieron cifras, cuadros de luz y color parpadeantes, ahora se presentó un rectángulo de luz roja, con un rótulo clarísimo:

EMERGENCIA MÁXIMA
¡PELIGRO!

En toda la nave *Dolphin-31*, vibró, agudo y sibilante, un zumbido continuado. Era la señal de alarma a bordo. Algo grave, trascendental, sucedía en la astronave.

—¡Peligro, señor! —aulló, pálido, Darrin Stark.

—Sí —jadeó Kurt Lennox, incorporándose, tambaleante, en medio de la confusión que reinaba a bordo, donde todo oscilaba aún, dando clara idea de las violentas sacudidas que el *Dolphin-31* estaba sufriendo, en un punto del negro espacio cósmico… Y añadió el comandante, inquieto y alarmado—: Lo

siento, pero empiezan a ponerse mal las cosas. Tal como yo presentía, Stark… Y Dios quiera que esto, sea lo que sea lo que está sucediendo, sea sólo el final… y no el principio de algo peor.

CAPÍTULO II

Marsh había logrado recuperar el equilibrio, pese a los violentos bandazos a bordo. Interrogó a la Computadora, que estaba programada para informar automáticamente de cualquier incidencia a bordo. Los complicados circuitos electrónicos funcionaron. Una pantalla informó, en escasos segundos:

«METEORITO HIZO IMPACTO CON LA NAVE.

»PESO APROXIMADO DEL METEORITO, 190 LIBRAS.

»VELOCIDAD DEL IMPACTO, 1280 MILLAS POR SEGUNDO.

»GRAVES DAÑOS CASCO NAVE, ZONA NORTE H-3.

»RADIACIONES A BORDO.

»PELIGRO.»

Era un informe amplio. Y también inquietante.

Los sistemas de reparación automática actuaban ya por su cuenta, activados por el suceso. Bloqueaban la presión interna y evitaban el escape de oxígeno y de temperatura ambiente al exterior, impidiendo el acceso del frío espacial al interior. Los obreros y técnicos se dirigían ya, presurosos, a reparar el averiado casco de la astronave.

El impacto debió ser de refilón, y por ello sólo con desgarros, sin perforación de la nave que, dado el peso y velocidad total del choque, hubiera convertido al *Dolphin-31* en un amasijo de chatarra o en un cuerpo

perforado de lado a lado, sin solución posible contra la tremenda avería.

La actividad a bordo era notable. Marsh actuaba ya febrilmente sobre los métodos electrónicos de reparación, cooperando con los servicios puramente manuales de a bordo. Chorros de metal plastificado eran lanzados incansablemente contra los desgarros de la capa exterior, por los inyectores de materiales destrozados, que las computadoras accionaban automáticamente, apenas producido el daño. Los técnicos reparaban averías, reponían piezas dañadas, e impedían que el mal fuese de mayores consecuencias a bordo.

La situación de máxima emergencia a bordo, continuaba en vigor. Y no cesaría hasta que el peligro hubiera desaparecido. De modo total, absoluto.

Lennox dirigía las operaciones de salvamento. Recibía informes de los diversos puntos de la nave, y se dedicaba a repartir órdenes, a medida que le llegaban informes, bien por vía técnica, bien humana, de los lugares en peligro.

Se detuvo, enjugándose el sudor, cuando la Computadora señaló que la situación en el fuselaje externo mejoraba, y los expertos de a bordo advirtieron del perfecto bloqueo de toda vía de salida o entrada en la nave, impidiendo la evasión de oxígeno y presión, gravedad artificial y clima, y la entrada de frío exterior o presión distinta, que pudiera provocar un desastre dentro del *Dolphin-31*.

En ese momento, recordó a Doc Warden. Y a Rushkegee, el preso. Sintió un escalofrío. De las zonas

en que se dividía técnicamente la nave, para su control a distancia, la Norte H-3, máxima dañada por el meteorito, era la más próxima a la Nor-Nordeste G-5, donde se hallaba la celda habilitada para el recluso.

Rápido, hizo un gesto a North. Descolgó el visoteléfono interior. En la pantalla apareció Darrin Stark, enviado al Sector Norte H-3, para dirigir personalmente las operaciones de reparación. Su segundo se mostró en la pantallita visora con su casco espacial y su traje hermético, color azul.

—Stark informa, señor —sonó su voz por el auricular—. Todo bien. Progresamos. Hay fragmentos desprendidos del meteorito, alojados bajo la superficie externa del casco, junto a los depósitos iónicos, pero éstos no corren peligro alguno. Son fragmentos pequeños, simples piedrecillas del tamaño de huevos. Están inmovilizadas en el lecho de vitroplast del refuerzo interior. No hay problemas. En una hora o dos, todo habrá quedado resuelto satisfactoriamente.

—Bien, Stark. No quería hablarle de eso. ¿Ha comunicado con Doc, por casualidad?

—No, en absoluto. Ni lo recordaba. Seguirá en la celda, supongo.

—Cuidado, Stark. El impacto del meteorito puede haber averiado el conducto de energía a la red de protección magnética de la celda. Vigile eso, e infórmeme en el acto. Es urgente. Dígame también cómo están Doc y el preso.

—Sí, señor. Informaré seguidamente.

Se cortó la comunicación. Kurt Lennox se froto el mentón, pensativo. Estaba hondamente preocupado.

Púsose en pie. Caminó hasta el tablero graduado del espacio planetario solar examinando su propia posición, marcada en el plástico sensible por una diminuta luz verde, que se movía de modo paulatino, insensible casi, siguiendo las coordenadas trazadas por los controles de vuelo.

—Todo bien —murmuró Lennox, sacudiendo la] cabeza—. Ni siquiera nos hemos desviado de rumbo. Ha sido milagroso. El Señor nos ayudó, es evidente. Pudimos haber desaparecido, Tagana.

—Es verdad —admitió el joven de color, pensativo, anotando con rapidez una serie de cifras técnicas en un control magnético, para ayudar a Marsh en su esforzada tarea actual, al frente de la Computadora—. El Señor es bondadoso con sus criaturas. Tenga fe, comandante, y llegaremos adonde sea.

—Tengo fe, Tagana. Lo que me preocupa es que las cosas salgan mal y lo compliquen todo excesivamente. Aun con nuestros avances técnicos actuales, seguimos siendo simples y humildes criaturas humanas. Si nos despojamos de nuestro orgullo, veremos que no somos dominadores del Cielo ni del Cosmos, sino simples viajeros en un cascarón de nuez, perdidos en un océano demasiado negro y amplio para nuestras pobres posibilidades. Incluso los conquistadores de las carabelas, en el pasado, disponían de un mar infinitamente más reducido y carente de peligros que éste nuestro de ahora.

—Pero también contaban con menos medios técnicos, ¿no es cierto, señor?

—Sí, eso es cierto. Sólo que a ellos les bastaba con

lo que poseían, para salvar el proceloso mar ignoto de sus leyendas. Porque eran sólo eso: leyendas. Y un mar era igual a otro, y sus riesgos los mismos: ausencia de brisas, de viento favorable… o exceso de ímpetu en los elementos desencadenados. Aquí tenemos todo eso. A distancias inmensas, lejos de todo suelo firme. Perdido en el más oscuro y proceloso de todos los océanos jamás surcados por el Hombre, Tagana, y…

Se interrumpió. El visófono funcionaba, sonando insistente. Descolgó. Estaba Stark en la pantallita. Y su voz, excitada, en el auricular:

—¡Alarma, señor! —gritó, descompuesto—. ¡Doc Warden está herido! ¡Y el preso HA ESCAPADO! Su paradero, dentro de la nave, es ahora *desconocido*.

* * *

Era la segunda vez que informaba la Computadora de ese modo. El rótulo, en la pantalla roja de emergencia, era claro y rotundo. Todos los datos computados, habían dado ese resultado. Nadie sabía dónde estaba el preso Rushkegee. Ni siquiera la máquina más perfecta creada por el hombre: el cerebro electrónico de amplia programación en todos los terrenos, desde el control de viaje espacial hasta la revisión de las anormalidades posibles en la tripulación.

Kurt Lennox lanzó una imprecación, al recibir el informe de la Computadora. Marsh suspiró, sacudiendo la cabeza con desaliento.

—¿Siguen buscándole los hombres a bordo, señor? —indagó el experto en Cibernética.

—Sí, Marsh. Armados todos. Y con orden de

disparar a matar, si el preso se resiste. Pero el *Dolphin-31* no es demasiado amplio. Las posibilidades de esconderse son limitadas.

—De cualquier modo, Rushkegee es astuto. Siempre hay un rincón fácil para refugiarse, siquiera sea limitadamente. Estoy seguro de que daremos con él.

Lennox no hizo comentario alguno. Contempló a Warden, el médico, tendido en su lecho, con una venda fuertemente apretada en torno a su cabeza, adonde fue herido por el fugitivo Rushkegee, al desaparecer su protección magnética, a causa de la avería en los conductos energéticos de a bordo, cuando el choque con el meteorito.

—Espero que él se libre —dijo entre dientes Lennox—. De otro modo, ese maldito asesino no llegaría nunca con vida al Asteroide.

—No hable así, comandante —suspiró Tagana a su lado—. Usted no haría tal cosa. No mataría a Rushkegee en modo alguno, habiendo sido confiado a su custodia, para entregarlo en su punto de destino en cumplimiento de la Justicia.

Lennox se mordió el labio inferior, pensativo, si objetar nada a su subordinado. Pero el amargo rictus de su firme boca, dio a entender que, desgraciadamente para sus impulsos más súbitos, tenía conciencia de su propia responsabilidad ante la ley, todo sucedería como decía Tagana, pese a sus sentimientos de amistad hacia el infortunado Doc Warden, cuya herida era grave, según le dijera Darrin Stark, el segundo de a bordo, médico de emergencia,

gracias a sus conocimientos de Medicina y Cirugía, si algo le sucedía al titular de la tripulación, en tal materia.

Se agitaba Doc Warden en el lecho. Estaba pálido, febril, tenía los ojos cerrados, y el vendaje aparecía empapado en sangre, allí donde presionaba la penosa herida sufrida a manos del asesino.

Todos los tripulantes del *Dolphin* estaban batiendo las dependencias de la majestuosa y ligera nave espacial terrestre. La búsqueda del fugitivo era desesperada. Se sabía que llevaba consigo el arma de Warden, y eso le hacía doblemente peligroso. Además, si llegaba a la zona de reactores iónicos o a la de los mecanismos más complejos y delicados de a bordo, era capaz de provocar un cataclismo, averiándolos. Eso resultaría funesto para la nave, que se perdería irremisiblemente, con toda su tripulación.

Y un ser como Rushkegee, sin ninguna esperanza de liberación, condenado a vivir toda su miserable existencia futura en un lejano y frío asteroide, sometido a duros trabajos y a un régimen carcelario de lo más rígido, no vacilaría en hundirse él mismo, hundiendo a la vez a los demás.

Sólo haría falta una circunstancia para que ese peligro se hiciera tangible: que él tuviera la oportunidad para ello.

Sin la menor duda, lo haría.

Y eso era lo que más podía temer en estos momentos Kurt Lennox. No por su propia vida, que estaba dispuesto siempre a arriesgar en beneficio de sus camaradas de vuelo, sino por la seguridad de éstos,

que dependían en todo de él y de su capacidad de mando y de autoridad para llevarles a buen puerto en cualquier situación.

Llegó un informe urgente de la Zona Norte H-3, lugar de la avería sufrida. Todo iba perfectamente. Se habían cerrado boquetes y regenerado el casco externo. La presión a bordo era la correcta. El riesgo de más averías, nulo. Los reactores y los depósitos de energía iónica no habían sufrido daños ni corrían peligro de sufrirlo posteriormente.

Sólo había un dato confuso: los fragmentos del meteorito seguían alojados en la superficie interior de vitroplast, entre las fibras vidriosas elásticas de protección de fuselaje. Muy cerca de los depósitos iónicos, quizá demasiado cerca, aunque no amenazaban su seguridad.

Pero el que informaba, habló de una ligera elevación del índice radiactivo en la zona, comprobado por los Geiger perfeccionados del material de a bordo. Esa radiación procedía, sin duda alguna, de los fragmentos de piedra espacial alojados dentro del *Dolphin-31*.

—Investigaré eso yo mismo —afirmó Lennox, sombrío su gesto—. ¿Algo sobre el preso evadido de su cabina-prisión?

—Nada por aquí, señor —le respondieron—. Hemos revisado la zona completa.

—Vigilen los accesos a los reactores y depósitos de energía —ordenó Lennox—. No se muevan de allí hasta nuevo aviso. Nosotros seguimos registrando la nave, a fondo.

—Bien, señor. ¿Nos situamos en la entrada a los depósitos y reactores, sin comprobar previamente si pudo meterse en su interior, en los momentos iniciales de confusión?

—¿Cómo? ¿Es que no han revisado aún el interior de reactores y depósitos? —un frío sudor humedeció la frente y manos de Kurt Lennox, al oír eso.

—No, señor. Nosotros no podíamos saber que usted deseara comprobar si en esta zona...

—Está bien, está bien. No se entretengan más. Entren algunos de ustedes. Y armados. No duden en matar, si es preciso. Evítenlo sólo en caso de que puedan conservar la vida y capturarle a él también vivo. Al menor riesgo, fuego contra él sin piedad. Es un asesino sumamente peligroso, no lo olviden. Los demás, controlen todo acceso de salida de los depósitos iónicos y los reactores.

—Sí, señor —afirmó roncamente su interlocutor.

Y dejó de comunicar con él, colgando el visófono en el acto. Lennox, excitado, se enjugó la transpiración con su pañuelo, y corrió al armario de armamentos, tomando consigo una pistola de cargas térmicas, que puso en su cintura.

—¿Adonde va usted, señor? —se interesó Tagana, preocupado.

—A buscar también al fugitivo —dijo secamente Lennox.

—Puede ser peligroso, comandante. Y usted es nuestro jefe... —argumentó Marsh, alarmada su expresión.

—Si algo me sucediera, Darrin Stark me sucederá

en el mando —replicó Lennox—. También es peligroso dejar suelto a un ser que puede hacer pedazos el *Dolphin-31* en cualquier momento, caballeros. No estoy dispuesto a tolerarlo en modo alguno. Suceda lo que suceda.

Caminó hacia la salida. Tagana se había abstraído, quedándose quieto, pensativo, con los ojos entornados. De repente, dijo algo entre dientes:

—Lo veo... Lo veo. Recibo el mensaje...

—¿Qué? —se volvió Lennox, casi violentamente—. ¿Qué ve? ¿Qué mensaje recibe?

—Veo la mente que me comunica... El mensaje llega... Llega nítido, claro, preciso...

—¿Qué mensaje es ése? ¿A qué se refiere, Tagana? ¿Se trata de... de Rushkegee?

—Rushkegee... No, no es él. Es alguien que piensa en nosotros. Que nos ve a nosotros. Es raro. Está fuera... Fuera de esta nave... Lejos de nosotros. Muy lejos...

—¿Qué tontería es ésa? Deje el asunto. No tiene importancia nadie que esté lejos, sino lo que tenemos cerca, Tagana —se irritó Lennox—. Trate de pensar en Rushkegee, en «verle», siquiera sea mentalmente, por telepatía...

—Es lo que intentaba. Pero se cruza... Ella se cruza...

—*¿Ella?* —Alvin Marsh miró sorprendido al joven de color—. ¿Una mujer?

—Sí —suspiró Tagana—. Es una mujer. Eso dice. Ella... es mujer.

—Absurdo —rechazó Lennox, abriendo ya la

puerta deslizante, de salida de la cámara—. No hay mujeres. Ni dentro, ni fuera de la nave. Mujeres en el espacio. Tagana, creo que esta vez le engaña su mente. O la de alguien que es telépata y quiere bromear...

—Ya dejó de transmitir —musitó Tagana. Se encogió de hombros, perplejo. Sus ojos brillaban en el moreno rostro—. Es raro. Muy raro. Esas ondas mentales eran lejanísimas. Remotas. Sin embargo, tenían una rara fuerza. Capaz de eclipsar cualquier pensamiento producido dentro de esta nave. No lo entiendo, señor...

—Tampoco yo. Ni me preocupa, Tagana. Busque la mente de Rushkegee. Es todo lo que le pido. Búsquela y, en cuanto dé con él, envíe allá a la gente armada. Vuelvo en seguida, amigos. Espero tener suerte y dar con ese hombre, esté donde esté.

Se cerró la puerta tras el comandante del *Dolphin-31*.

Brian Tagana volvió a sumirse en su estado de profunda abstracción, en busca de la mente ansiada, la de Rushkegee, el delincuente evadido de su encierro.

Pero eso no era fácil. Había algo. Algo que Tagana no sabía lo que era. Y que dificultaba su normal actividad psicomental, su formidable poder telepático.

Algo que empezaba a preocuparle, a inquietarle incluso.

* * *

Sus dedos se cerraban con fuerza en torno a la culata del arma térmica.

Avanzó paso a paso, por el complicado laberinto de tubos y conductos metálicos o plásticos, que

formaban un dédalo tortuoso, entre los depósitos de energía iónica y los poderosos sistemas de reacción de la astronave.

Le seguía Brent, uno de los tripulantes de servicio en la zona técnico-mecánica del *Dolphin*. También él iba armado con un fusil de cargas corrosivas, dispuesto a apoyar a su comandante, en cualquier trance adverso que pudiera presentarse ante ellos.

Por el momento, nada sucedía. En algunos paneles, había parpadeos luminiscentes. Eran sensibles indicadores Geiger en circuito, señalando la presencia de radiaciones superiores a lo normal, pero todavía en grado nada peligroso. Esa fuente radiactiva parecía localizada desde un principio: las piedras acumuladas entre el casco exterior y los protectores de fibras plastificadas del interior. Fragmentos de meteorito, dotados de alguna fuerza radiactiva. De ello se ocupaba ya el personal técnico. La misión de Kurt Lennox, en estos momentos, era la de encontrar algo más que una simple piedra radiactiva; tenía que dar con el paradero de un asesino escondido a bordo. Rushkegee seguía sin ser localizado Pero tenía que estar dentro de la nave. De eso, no cabía la menor duda.

Y los lugares más idóneos para esconderse una persona, eran justamente aquéllos.. También los más peligrosos, tanto para el escondido como para lo ocupantes y la seguridad de la astronave. Un error podía provocar, no solamente el fin trágico de Rushkegee, sino el caos en los mecanismos motrices de *Dolphin-31*, reduciéndolo a un simple objeto perdido

en el espacio, sin autonomía de vuelo, y a merced tan sólo de lejanos y problemáticos impulsos radiados desde la Tierra, para controlar la nave y hacerla regresar.

Rushkegee no era ningún técnico en motores, energía ni nada semejante. Su ficha personal de recluso, aparecía huérfana de conocimientos especiales en materia alguna. Moverse en una zona de delicados sistemas de propulsión, conductos de fuerzas energéticas de difícil manejo, y cosas similares, podían significar un desastre personal para Rushkegee; colectivo para todos los demás.

Kurt Lennox tenía tres misiones fundamentales; la primera de todas, llevar su nave a buen puerto. Segunda, velar por la suerte de sus tripulantes. Tercera, cuidar de Rushkegee y entregarle vivo a las autoridades de un Asteroide de castigo. Eso, si era posible. Si no, actuar de cualquier modo para evitar la fuga o la violencia por parte del recluso.

Estaba tratando de armonizar las tres misiones en este momento, concretándolas a una sola tarea casi desesperada: localizar a un asesino armado, que no había vacilado en herir gravemente a su médico, poniendo en peligro la vida de éste.

Y, por si fuera poco, sus sospechas de la presencia de Rushkegee en una zona vital para la suerte de la nave y su tripulación, eran cada vez más acentuadas. Su instinto le decía que Rushkegee, convertido en una amenazadora fiera humana, no estaba lejos. Y su instinto rara vez le fallaba.

—Sólo queda el sector fundamental, el corazón

mismo del sistema energético-propulsor de la nave, señor —dijo Brent, a sus espaldas, con voz ahogada.

Lennox se detuvo, con expresión endurecida, a la entrada de una angosta puerta ovalada, tras la cual brillaba el fulgor azul lívido de los sistemas de reacción y propulsión, donde la energía iónica se consumía, en estado incandescente, para proporcionar a la astronave su impulso reactor. En parpadeantes luminosos rojos, la palabra se repetía insistentes mente:

«CAUTION - DANGER - CAUTION – DANGER – CAUTION - DANGER...»

Máximas precauciones. Zona de peligro. Bien la sabía Lennox, responsable de todo aquello. Ante su gente, ante su conciencia, ante sus superiores en la Tierra.

Pero era preciso. Hizo a Brent un gesto expresivo. Adelantó un paso, salvando la puerta oval.

—Vamos —dijo—. Es necesario, Brent. No existe ya otra posibilidad.

—Sí, señor —afirmó roncamente el subordinado,

Y le siguió.

El calor allí dentro era intenso. Sofocante. Los muros refrigerados, aislantes, servían de alivio. Eran como enormes pozos de vidrio o de plástico reluciente, con color de hielo frío, terminados en dos simas azul incandescente, donde ardía la energía iónica, propulsando los reactores a velocidades imposibles de superar por otros sistemas conocidos de propulsión

motora.

Alrededor de esas paredes curvas, cilíndricas, descendían en espiral escalones de un metal anodizado, con superficie plástica antitérmica, por donde se podía incluso apoyar las manos desnudas —cosa que ni Lennox ni Brent harían, por ir provistos de trajes herméticos de amianto, de tipo espacial, aislante de cualquier extrema temperatura, gélida o candente—, sin sentir la quemazón terrible del calor emitido por la energía de los iones en combustión constante dentro de las entrañas mismas de la gran nave liviana, auténtico pájaro veloz de los espacios cósmicos.

Empezó el descenso. En cada nivel de descenso de los hornos iónicos —y había justamente cuatro por cada cilindro—, existía un rellano o plataforma de seguridad, introducida en las paredes cilíndricas, formando un corto túnel, con equipos de seguridad y de refrigeración dentro, para cualquier emergencia imprevisible. Brent y Lennox se habían dividido. Uno descendía por cada cilindro, que a su término, en la sima de fuego azul, tenían una intercomunicación formada por un túnel refrigerado de unas treinta yardas de longitud.

Lennox descendió muy rápido, tras bajar su rostro la máscara provista de gafas protectoras contra el deslumbrante fuego iónico, y alcanzó el primer rellano sin novedad. Allí no se ocultaba Rushkegee, ciertamente. Ni en el segundo tampoco. Ni en el tercero. Quedaba solamente el último rellano. Y el túnel final. Habló con Brent por el interfono adherido a su equipo antitérmico:

—¿Alguna novedad, Brent?

—Ninguna por el momento, señor —notificó la voz de su subordinado—. Llevo dos rellanos. Alcanzaré ahora el tercero.

—Yo voy por el último. Nos encontraremos en el túnel inferior. Cuidado con las radiaciones iónicas. Pueden abrasar los ojos, si se despoja de sus gafas por cualquier motivo, Brent.

—Descuide, señor. No ocurrirá. Ya llego al tercer rellano de seguridad. Parece no haber nadie y... *¡Cuidado!* ¡Está aquí! ¡Aaaaagh...!

Lennox se puso rígido. Oyó en el otro cilindro, un alarido que era la repetición del que le llegaba por el interfono. Luego, una llamarada, un estertor. La luz azul produjo chispazos, a través de la abertura del túnel inferior...

Exasperado, presintiendo lo sucedido, Kurt Lennox se precipitó abajo, salvando los escalones de tres en tres, a largas zancadas, con grave riesgo para su vida, que podía terminar en cuanto perdiera el equilibrio y se fuese al fondo de los reactores de energía iónica. Como sospechaba que había terminado el infortunado Brent, al encontrarse con Rushkegee.

Porque de eso no había duda. Rushkegee, el asesino, estaba en el otro pozo. Y acababa de empujar a Brent hacia la muerte...

CAPÍTULO III

Era cierto.

Apenas salió por la abertura del túnel, sobre el nivel extremo inferior del segundo pozo iónico, elevó la vista y contempló, a través del color ámbar de sus gafas protectoras, cómo la figura humana ascendía a la desesperada, por la espiral de los escalones. Abajo, ardía, sobre la parrilla iónica, un vestigio final, unas pavesas y tejidos de amianto que pertenecieron, sin duda, a Brent. Al infortunado Brent, subordinado y amigo suyo...

—¡Rushkegee! —rugió Lennox, lanzándose en pos del fugitivo.

Y era Rushkegee. Sin duda alguna. Con su uniforme gris oscuro de penado. Escalando el pozo, subiendo hacia lo más alto. Armado. Disparó abajo, al ver a Lennox. Reventó un proyectil, entre chisporroteos azulinos, lívidos, sobre la masa candente de energía iónica.

Lennox se pegó al muro cristalino de radiaciones refrigerantes, para eludir cualquier posible blanco de su enemigo. Giró el disco del interfono, sobre su pecho. Avisó con fría voz:

—Aquí el comandante. Pozo Dos de hornos energéticos. Brent muerto. Abatido al fondo, por Rushkegee. Él preso escapa hacia arriba. Bloqueen salidas. Cójanle vivo, si es posible. Si no, tiren a matar sin compasión. Yo persigo a Rushkegee...

Cerró, sin esperar información. Subía vertiginosamente, sin miedo, con audacia suicida. El

que huía no tenía tanto valor. Ni conocía aquellos resbaladizos peldaños suspendidos en el vacío. El miedo y vértigo jugaban su baza contra él.

Así, cuando aún Rushkegee no había llegado al nivel último superior de protección, que formaba el rellano de seguridad, ya Lennox había rebasado el inferior inmediato, y no más de veinte yardas le separaban de aquel hombre tras el cual corría vertiginosamente.

Kurt Lennox se ocultó un momento en el rellano de protección. Otro proyectil silbó, rebotó con escalofriante maullido, levantando aristas de hielo, del muro, para hundirse luego, con un crepitar azul, en el fondo del horno reactor.

Rápido, Lennox asomó e hizo un disparo con su pistola térmica. Dos escalones, ante Rushkegee, que huía hacia arriba, fueron alcanzados por el proyectil. Se disolvieron, ardiendo bajo el impacto térmico, y goteando metal fundido al fondo de la sima azul.

Exasperado, lívido, Rushkegee no giraba apenas el rostro, cegado por la fuerza deslumbrante de la claridad azul de los iones en combustión. Se detuvo, vacilante, ante el abismo que formaban los dos escalones ausentes. Parecía vencido, a punto de caer o de entregarse. Pero no ocurrió una cosa ni otra.

En vez de ello, exhaló un aullido de furia, y salió al vacío, en un impulso definitivo. Osciló, pareció a punto de irse abajo, en mortífera zambullida. Se libró, alcanzando el tercer escalón, el intacto, y colgándose de él, se elevó, pisando de nuevo con firmeza.

Lennox corría tras él, apelando a todas sus

energías, sin importarle el peligro de su carrera sobre el abismo de muerte. Rushkegee ya llegaba a la cumbre. Lennox, tras él.

Se asomaron dos hombres armados sobre el borde del pozo. Sus armas encañonaron a Rushkegee. Este, con un soez juramento, elevó su arma para abrir fuego sobre los rostros de sus adversarios. Rápido, Lennox alzó su arma y disparó.

El impacto térmico estalló ante el rostro mismo de Rushkegee, en el muro vitrificado y frío. Arrancó fragmentos helados, que golpearon la faz del recluso. Este osciló, cayó hacia atrás, deslumbrado, quemado en parte su rostro por salpicaduras de la explosión calorífica del proyectil.

Tuvo que soltar su arma, para lograr aferrarse, en un último y desesperado esfuerzo por salvar la vida, de uno de los escalones colgantes en el vacío azul. Allí pendió, oscilando como un péndulo humano. Abajo, su arma se disolvió en chispazos y centelleos azulados, cuando la energía iónica absorbió el arma y su carga.

Lennox respiró hondo. Las armas de sus subordinados encañonaban ya al fugitivo. Este sólo tenía ya dos alternativas: o ceder y dejarse prender de nuevo… o caer abajo, a la sima azul de muerte horrible.

El comandante del *Dolphin* le oyó gemir, sollozar ahogada, patéticamente:

—¡No veo! ¡No veo nada! ¡Estoy ciego, me arde la piel, el rostro…!

Lennox supo lo que le sucedía a su perseguido. Él le había quemado la faz con su carga térmica, sí. Pero

la ceguera de sus ojos era por otro motivo. La luz iónica, deslumbrante y abrasadora, vista directamente sin protección alguna, le había quemado las pupilas. Estaba, realmente, ciego. Con una ceguera total, para cuanto le quedara de vida.

Había sido el duro precio de una evasión fallida. El castigo por una vida humana sacrificada estúpidamente en el horno iónico: el infortunado Brent, su subordinado leal.

Lennox no se sintió feliz por el infortunio terrible de Rushkegee. Pero tampoco creyó lamentarlo demasiado. Sobre todo, pensando en el final de Brent. Y en el que pudo sufrir alguien más, de prosperar las intenciones del proscrito.

Cuando le vio en poder de sus hombres, lloroso y vencido, de nuevo conducido a su celda, supo que había terminado el dramático incidente a bordo. Con la baja de Brent. Y con la ceguera definitiva para los calcinados ojos de Rushkegee, el asesino.

* * *

—¿Todo bien, Doc?

—Bastante bien —sonrió Doc Warden, incorporándose ligeramente en el lecho, con un gesto de dolor. Llevó su mano a las sienes, cubiertas por las vendas bien apretadas. Añadió, con voz menos segura —: Pero con la cabeza convertida en un tambor, comandante.

—Rushkegee pudo haberle matado, Doc.

—Lo sé. Falló el sistema de seguridad, según creo. ¿Cómo van las cosas a bordo?

—Mejor. Hemos reparado la avería. Un meteorito

chocó con nuestro casco externo. Hizo daños graves. Y alteró los sistemas magnéticos de seguridad.

—Ya. ¿Y el prisionero…?

—Escapó con su arma. Mató a Brent, lanzándole al fondo de un pozo iónico.

—¡Dios mío! Es horrible…

—Horrible, sí. No pude hacer nada por evitarlo. Parece ser que cuando alcanzó uno de los rellanos de seguridad, fue empujado abajo por Rushkegee. Pero él ha pagado caro su empeño criminal de evasión. Está ciego.

—¿La luz iónica…?

—Sí, eso fue. Tiene abrasadas las pupilas. No verá nunca más. Eso es peor que la muerte para él. Pero no devolverá la vida a Brent. Ya queda uno menos a bordo. Somos justamente doce.

—Trece éramos antes, señor. Eso trae mala suerte, según algunos.

—Usted no es supersticioso. Yo tampoco, Doc. Pero ambos sabemos que este viaje tenía algo feo y oscuro. No me gustó, desde un principio. Ya he visto por qué…

—Dios quiera que todo termine así, señor —murmuró Doc—. ¿Dice que todo está reparado ya a bordo, tras el impacto del meteoro?

—Exacto. Solamente quedan unos fragmentos de piedra radiactiva. Vamos a intentar sacarlas de donde quedaron alojadas, porque, aunque muy lentamente, la radiación sube a bordo. Y sigue subiendo, según todas las previsiones. Confío en que eso tenga solución. Falta mucho para alcanzar un grado peligroso o perjudicial. Sin embargo, debe evitarse tal trance.

—Comandante, quiero salir de esta cama —se quejó Warden—. Me encuentro bien y...

—Doc, mi segundo oficial, Darrin Stark, tiene conocimientos médicos suficientes para cubrir su baja temporal. Y es él quien ha decidido que usted debe reposar, como mínimo, hasta que alcancemos el Asteroide Van Allen-1079.

—¡Cielos, no! Es demasiado tiempo metido aquí. No me gusta guardar reposo absoluto, ni verme convertido en una inutilidad a bordo.

—Es una orden, Doc —sonrió Lennox con energía. Puso un serio gesto de autoridad—. ¿Entendido?

—Sí, señor —resopló Doc Warden, malhumorado—. Como usted diga...

—Entonces, no hablemos más —y Kurt Lennox; se dirigió a la salida de la cámara donde el médico de a bordo seguiría su convalecencia, tras el ataque sufrido por parte de Rushkegee, su peligroso pasajero rumbo a los asteroides de Van Allen.

El comandante del *Dolphin-31* alcanzó el corredor exterior, caminando hacia la zona central de la nave, su auténtico puente de mando en vuelo cósmico. Frunció el ceño, preocupado, al descubrir en dos indicadores automáticos Geiger, una graduación creciente de magnitud 28, sobre un total de resistencia humana mínima tolerable de 50. Empezaba a ser demasiado, habida cuenta que el grado de radiactividad a bordo nunca excedió de las cifras 10 a 12.

Entró con rapidez en la cámara de mandos. Observó que Alvin Marsh estaba inclinado sobre sus

controles electrónicos, Stark cuidaba del rumbo, velocidad y curso de la singladura espacial, y Brian Tagana registraba datos y cifras en el computador de mando, que formaba un auténtico cuaderno de bitácora autónomo, donde toda incidencia de vuelo quedaba registrada de forma automática.

—Stark, la radiactividad crece demasiado —dijo en voz alta Lennox.

Su segundo se volvió a él. Afirmó, ceñudo.

—Sí, señor —convino—. Demasiado. Todos lo sabemos.

—Marsh, ¿qué dice su Computadora? —indagó, rápido, Lennox, volviéndose al jefe de Computadoras.

—Lo mismo que usted: la radiactividad aumenta. Esas piedras cósmicas son un pequeño peligro.

—Que puede llegar a ser un gran peligro.

—Exacto, señor —afirmó Tagana, desde su asiento —. Sobre todo, si sigue creciendo así.

—¿No han sido localizadas ya?

—¿Las piedras? Sí —afirmó Stark—. Perfectamente localizadas. Marsh, muéstrele eso al comandante.

Alvin Marsh asintió. Accionó un resorte electrónico. En un panel graduado, que mostraba el plano de a bordo, nítido y luminoso, sobre la placa encendida de plástico, aparecieron hasta seis parpadeos verdosos, intermitentes. Rápida, la mente de Lennox trabajó en localizar el punto.

—Ya veo —afirmó—. Son seis piedras, ¿no?

—Seis, sí. Cuatro, pequeñas. Dos, de mayor volumen. Vea la diferencia de radiaciones.

Lennox observó que la mancha verde luminosa era

mayor. También el parpadeo. Enarcó las cejas, alarmado.

—¿Son irrecuperables, tal vez? —quiso saber.

—Están hundidas en los tejidos de fibras vitrificadas. Hay que desgarrarlo todo para llegar a una sola de ellas. Para obtener las seis, dispondremos al menos de un mínimo de quince a veinte horas de trabajo. Y eso, extremando precauciones. Los Computadores señalan un grado radiactivo de cuarenta y tres, sobre el total tolerable de cincuenta, en la vecindad de la zona. Han de usar trajes y guantes contra radiaciones. Eso es un equipo sumamente pesado, que alargará la tarea de rescate. Además, hemos de usar recipientes herméticos para los objetos radiactivos. No sé si tendremos suficiente con los dos de emergencia a bordo. Esas piedras, las mayores, deben tener el volumen de grandes naranjas, junto a las otras, que son como huevos de gallina.

—Entiendo. —Sombrío, Lennox hizo un gesto—. De todos modos, que actúen. Es preciso sacar de ahí esas piedras. Las que no puedan ser guardadas en los recipientes herméticos contra radiaciones, serán expulsadas al vacío exterior.

—Sí, señor —suspiró Stark—. Ya hay dos hombres dedicados a abrirse paso entre las fibras vitrificadas, causando el menor desgarro posible. Tenga en cuenta que está muy cerca la parte de fuselaje recién renovado por la inyección de metal plastificado. No se puede dañar esa zona, sin peligro para radiaciones exteriores y posibles averías en el material regenerado.

—La radiación sube mucho ahora —dijo, de

repente, Marsh, con sorpresa.

—¡Vea, comandante!

Lennox se inclinó sobre los controles electrónicos. La graduación que marchaba en una pantalla lectora:

«RADIACIÓN: 28.—»

acababa de alterarse bruscamente. Las cifras parecieron volar, precipitarse, montándose unas a otras, hasta un alarmante:

«RADIACIÓN: 35.—».

—Es demasiado —jadeó Lennox, perdiendo algo de color en su enérgico rostro juvenil. Se pasó los dedos por su crespo cabello rebelde, de un castaño casi rubio. Los ojos metálicos revelaron inquietud creciente. Tan creciente, al menos, como el nivel de radiactividad a bordo—. ¡Ordene aceleración de las operaciones, Stark!

—Sí, señor —se apresuró a afirmar su segundo—. En seguida, comandante.

—Y que no vacilen en producir destrozos e incluso desgarros serios. La radiación que aumenta, es más peligrosa que cualquier otro riesgo. Quiero acción inmediata. Y resultados, por supuesto.

—Así lo exigiré a los equipos de trabajo, señor —afirmó Stark.

—Es curioso...

Lennox se volvió. Era Tagana quien había hecho el comentario. Le observó. Estaba pensativo, preocupado,

como sometido a una profunda tensión.

—¿Qué es lo curioso? —indagó.

—Lo que está sucediendo a bordo, señor —informó Tagana, clavando en su jefe sus ojos de expresión inquieta.

—Conforme. Están sucediendo cosas adversas. La suerte es así, Tagana. Unas veces está a favor; otras, en contra. Espero que la mala racha termine pronto.

—No me refería a la suerte, señor.

—¿A qué, entonces?

—A todo. A una serie de raros acontecimientos. De difícil explicación, por cierto.

—¿Difícil? Todo está claro: un meteorito choca con nosotros, alojando dentro de la nave unas piedras radiactivas. El doctor Warden es atacado por el prisionero, que escapa, y mata a Brent cuando se ve acorralado. Luego, los rayos iónicos queman sus ojos, cegándole, y recuperamos al preso, sufriendo una ceguera total y definitiva. Las piedras radiactivas aumentan su radiación, y hay que recuperarlas y destruirlas. Todo perfectamente normal, Tagana.

—No. Todo, no.

—¿Qué ve usted de raro o de anormal, salvo ese infortunio que nos ha caído encima, en las últimas horas de este viaje? —se impacientó Lennox.

El joven de color dejó de registrar fichas de datos en la pequeña Computadora de bitácora. Miró muy fijo a Kurt. Y replicó:

—Mis pensamientos, señor. Y los de la persona que trata de comunicarse con nosotros.

—Oh, eso —resopló Lennox, con escepticismo—.

Ahora creo recordar algo. Una mujer...

—Sí, señor. Una mujer.

—Se supone que fuera de esta nave, ¿no? En el espacio exterior, quiero decir.

—Eso es. Una mujer en el espacio exterior. No lejos de nosotros. Al menos, *mentalmente*. En lo físico, ignoro la distancia. Pero creo que es inmensa.

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —sonrió, dubitativamente, Lennox.

—Ella me lo ha dicho, señor.

—Ella se lo ha dicho... —resopló Lennox. Se inclinó sobre su subordinado. Sabía que Tagana, como buen telépata, era sumamente sensitivo. Pero también era, a veces, dado a la imaginación, a la fantasía. Era preciso delimitar con él un campo y otro, y eso no siempre resultaba fácil—. Brian, ¿está *seguro* de eso?

El gesto, la mirada del joven de piel oscura, reveló cierta ofensa. Y dolor.

—Señor, yo no me equivoco nunca en esas cosas. Estoy total, absolutamente seguro. Ella existe. Se comunicó conmigo ya dos veces. Y falló otras dos. Se llama Deneb.

—Deneb...

—Deneb es el nombre astronómico de «Cisne», una estrella en la Constelación de Cisne, precisamente, una estrella de magnitud aparente de 1,6, en la cabeza del Cisne que se dibuja, en forma de cruz estelar. Deneb, en este caso, responde a la traducción mental de un nombre dado en algún remoto mundo a una mujer. Una mujer que se comunica conmigo, que pretende decirme *algo*... Algo que no le dejan decir, señor.

Lennox pestañeó. Una mujer llamada Deneb, como la hermosísima y gran estrella de Cisne… Eso no tenía mucho sentido, salvo en un terreno poético. Pero Tagana no era poeta, sino telépata. ¿Había captado ese mensaje mental, o soñaba una fantasía?

—¿*Quién* o *qué* no le deja decir lo que usted imagina, Tagana? —deseó saber.

—Eso sí me gustaría saberlo —suspiró el joven de piel negra—. Personalmente, opino que la causa que frena esos pensamientos… es la radiactividad a bordo.

—¿Puede servir la radiactividad de obstáculo a un contacto mental?

—En muy raras ocasiones, señor. En este caso, cuando aumentan los pensamientos de ella y me llegan con mayor nitidez… la radiactividad crece. Es como algo *intencionado*. Para evitar que ella me informe de algo.

—Eso no tiene sentido. Unas piedras no pueden reaccionar así. Son objetos inanimados.

—En la Tierra, sí, señor.

—¿Qué quiere decir? —se intrigó el comandante Lennox.

—Estamos en el espacio. Ese meteorito, ignoramos incluso de dónde llegó. Pero coincidió con la primera emisión mental de Deneb hacia mi cerebro receptor. Eso fue ya raro de por sí. ¿Sabemos si era un meteorito normal, un cuerpo celeste errante? ¿O es algo más? ¿Cómo son las formas de vida más allá de nuestros planetas solares, señor?

—Sus preguntas se hicieron durante siglos estérilmente, Tagana. ¿Pretende decirme… que esa

Deneb procedería de... de otro sistema solar, lejos del nuestro?

—Le diré más, señor. He creído captar su mensaje en parte. Y, según él... Deneb, la mujer cuyos pensamientos capto, procede de una región remotísima del Cosmos. A millones de años luz de la Tierra, de todo el Sistema Solar en el que nos estamos moviendo, señor...

—¡Un momento, comandante! —aulló la voz de Marsh, ante la computadora—. ¡Vea! ¡Vea esto!

Lennox se volvió. En ese instante, Tagana lanzó también una brusca imprecación, y se incorporó de súbito, como en trance. El comandante no supo a quién atender, y miró a ambos, indeciso.

—¡La veo! —susurró Tagana—. ¡LA VEO, señor! ¡Es ella, Deneb! ¡Hermosa, blanca, con ojos de oro, con cabello azul...! ¡Hermosa, semidesnuda como una estatua de alabastro...! ¡Recibo su imagen claramente!... ¡No, no, ya no! ¡Algo se interpone, algo borra su figura...! ¡Algo que no sé lo que pueda ser...! ¡Combate las ondas mentales, las destruye, las anula...!

—Comandante, por favor... —jadeó Marsh—. Esto... es urgente. *Urgentísimo*...

Lennox se decidió, olvidando por un momento la extraña reacción de Tagana, el telépata. Corrió hacia la computadora, ante la que un Alvin Marsh, lívido y descompuesto, hacía desesperados esfuerzos por accionar determinados resortes de sus mecanismos, y el segundo de a bordo, Darrin Stark, apresuradamente atraído por las palabras de Marsh, lanzaba una sorda imprecación.

—Señor, esto es terrible... Vamos a morir —musitó Stark, que no era precisamente un hombre impresionante.

Kurt Lennox se inclinó. Leyó en el indicador correspondiente:

«RADIACIÓN: 48.—»

Y en un rótulo luminoso, rojo, de emergencia máxima, la tremenda advertencia del sistema electrónico de a bordo:

«SIGUE EN AUMENTO LA RADIACTIVIDAD.
INMEDIATO PELIGRO MORTAL.»

La sirena de alerta funcionó. Parpadearon las rojas luces de emergencia suprema. El peligro volvía a la astronave terrestre.

Un leve incremento de aquel grado radiactivo sobre lo soportable mínimo de cincuenta, indicaría la entrada en un estado de peligro letal. Con posible alcance superior a lo tolerable. Lo cual implicaría el fin de todos ellos, pese a cuantas medidas adoptaran.

Ya Stark hacía funcionar las defensas naturales de emergencia, aparte las reservas de protección anti-radiactiva de los sistemas automáticos de a bordo, actualmente a todo funcionamiento.

Tagana seguía como en éxtasis, erguido y con la vista perdida en la nada, en un punto del vacío, buscando algo que no encontraba. Lennox, perplejo,

alarmado por la situación de extremo peligro, corrió; al exterior, para indagar acerca de quiénes pugnaban, desde hacía horas por arrancar aquellas piedras radiactivas de su peligroso emplazamiento interior.

Se encontró con un equipo de emergencia de dos hombres, provistos de equipo anti-radiactivo, que acudían, con expresión descompuesta, y se detuvieron, saludándole respetuosamente, cuadrados ante él.

—Informen —pidió Lennox secamente—. ¿Qué ocurre?

—Esas piedras... —jadeó uno de ellos—. Hemos logrado localizarlas, incluso las alcanzaron Emmett y Burke...

—Bien —respiró hondo Lennox—. ¿Y...?

—Ahora, Emmett y Burke yacen en el corredor de acceso. Cayeron como fulminados, pese a tocarlas con sus garfios contra radiaciones. Es como si hubieran recibido una enorme descarga eléctrica, señor... No entendemos lo que ocurre, pero esas piedras ya no son tales...

—¿Qué quiere decir con eso? —le apremió Kurt Lennox, preocupado.

—Tienen una coloración amarilla... Parecen como oro. Oro luminoso, señor. Brillan con una luz dorada, extraña, parpadeante... Dos son grandes. Muy grandes. Como balones de fútbol.

—¡Imposible! La Computadora dio su volumen exacto: el de dos naranjas grandes.

—No, no. Balones de fútbol, señor —añadió el otro —. Mi compañero está en lo cierto. Eso, respecto a dos de ellas. Las demás, hasta un total de cuatro, son más

pequeñas. Pero bastante mayores que naranjas californianas, señor.

—Cielos, si eran... eran como huevos de gallina... —jadeó Lennox, pálido.

—Sería antes. Ahora; son así. Y si siguen creciendo, llegarán a ser como huevos de avestruz, estoy seguro.

—¿Creciendo? —se estremeció el comandante del *Dolphin-31*—. ¿Es que... crecen?

—Seguro. Las vimos hace rato, cuando fueron localizadas —musitó uno de los dos hombres de la tripulación—. Entonces eran bastante más pequeñas. Profundizamos, rasgamos el tejido fibroso de protección del fuselaje externo de la nave... y cuando las alcanzamos habían crecido de tamaño. Por lo que usted dice, confirma eso el informe de la Computadora. Pídale ahora el volumen *actual*, señor. O vaya usted mismo a verlo, para comprobarlo. Pero no se aproxime. Ni siquiera con traje anti-radiactivo. Le ocurrirá como a Emmett, como a Burke...

Lennox no dijo nada. Echó a correr, tras indicar a sus hombres que le siguieran. Alcanzó el acceso a la zona alta donde se trabajaba en la recuperación de fragmentos de meteorito. Cuando llegó, Emmett se agitaba en el suelo, como sacudido por espasmos.

Y Burke, para su sorpresa, apoyado en la pared sacudía la cabeza, tratando de salir de algún profundo estado de aturdimiento.

—Dios sea loado —jadeó Lennox—. Creí hallarles sin vida, muchachos... ¿Qué ha sucedido?

—También nosotros creímos morir, cuando ese latigazo nos alcanzó. Pero, evidentemente, no es

mortal. —Burke se frotó el rostro sudoroso. Miró asustado a su superior, luego a Emmett, que se ponía ya de rodillas, agitando su cabeza y brazos, como sometido aún al aturdimiento de la brutal sacudida experimentada—. Vea, mi compañero también se rehace ya, señor.

—¿Dónde están las piedras? —indagó vivamente; Lennox.

—Allí —Burke señaló a un punto determinado— Desde ahí puede verlas, señor.

Era verdad. ¡Y de qué modo podía verlas!

No le engañaron sus hombres. Doradas, como envueltas en un fuego de oro, en una ígnea, incandescente luz de color argentífero. Parpadeaban vivamente, como si fuesen carbones encendidos. O luces. O gemas fabulosas, heridas por una luz invisible.

Las piedras del fuego de oro estaban allí. Sobre su cabeza. Sujetas, como astros dorados, como estrellas amarillas y ardientes, en el techo mismo de la nave. Despidiendo luz y radiación intolerable para el organismo humano. Las rojas luces de emergencia avisaban de la grave situación a bordo.

Un Geiger graduado avisaba, pestañeando en el muro:

«¡PELIGRO!

»RADIACTIVIDAD PELIGROSA PARA EL SER HUMANO. »SOBREPASA DOS GRADOS EL NIVEL TOLERABLE.

Y SIGUE EN AUMENTO.»

Los sistemas electrónicos de a bordo, por fortuna, no parecían afectados aún. La prueba evidente era que el complicado sistema electrónico de la Computadora que regía sus vidas, avisaba del riesgo letal de este momento. Pero, ¿qué podrían hacer? Las piedras del espacio eran la Muerte. Y nadie parecía capaz de luchar contra ese horror espacial. Ni tan siquiera las defensas naturales de la nave, que actuaban movidas por las sensibles células y circuitos cibernéticos de a bordo.

—¿Qué va a suceder ahora, señor? —musitó ahogadamente a sus espaldas Emmett, uno de los hombres atacados por el latigazo de las rocas radiactivas, cuando iban a ser alcanzadas e intentaba su destrucción o aislamiento.

—No lo sé —masculló Lennox—. Pero si no terminamos con todas ellas en seguida… creo que será la muerte. La muerte para todos.

CAPÍTULO IV

La muerte para todos.

Era el riesgo que planeaba siniestramente sobre todos ellos, dentro de la nave *Dolphin*. Los oscuros presentimientos de su comandante, Kurt Lennox parecían cumplirse. Todo había funcionado mal desde un principio. Y ahora...

Ahora venía lo peor. Si aumentaba la radiactividad a bordo, comenzaría ya el riesgo de muerte inevitable.

—No puedo hacer más —jadeó Marsh, tras probar por última vez en los mandos de su computadora—. Los sistemas automáticos luchan estérilmente contra la creciente onda radiactiva. No pueden frenarla. Solamente la aliviaron hasta ahora en unos pocos grados. Empieza a fallar el sistema de protección. No queda sino la barrera aislante del puente de mando. Si llega a resquebrajarse, nos acabamos todos. Pero tampoco podremos salvar al personal de la nave. Ni a sus sistemas de propulsión, que la radiactividad afectará de modo inevitable, comandante.

—Sí, lo sé —afirmó, sombrío, Lennox—. De todos modos, continúe usted con ello. No deje un momento los controles, Marsh. Esto es una emergencia suprema. Si salimos de ésta, creo que habremos salvado lo peor. Estoy pensando el modo de terminar con esas piedras malditas.

Miró, pensativo, a Stark, inclinado sobre su propio cuadro de controles de dirección, ruta y navegación. Luego, a Gaar Yates, tratando desesperadamente de comunicar a los escucha de la Tierra y de Colonia

Lunar lo que sucedía a bordo. Finalmente, clavó sus ojos en Tagana. El joven de color permanecía quieto, callado, como estático aún, delante de su computador-bitácora.

Caminó despacio hacia él. Se sentó a su lado, sin dejar de mirarle. Tagana ni siquiera parecía darse cuenta de su presencia. Sordamente, sonó la voz ahogada de Kurt:

—Hábleme de ella, Brian —pidió.

—¿De ella? —Tagana le contempló ahora, pensativo. Parecía perplejo, desorientado por su pregunta—. Creí que no admitía mi historia, señor.

—He cambiado de idea, Brian. ¿Qué clase de mujer es ella?

—Deneb es hermosa, señor. Pálida, casi marmórea. Ojos de oro, pelo azul...

—Oí eso antes —asintió Lennox, frotándose el mentón—. ¿Era cierta la descripción?

—Cierta, sí.

—¿Ella se la transmitió?

—Sin la menor dificultad. Hasta que creció de súbito esa maldita onda radiactiva, y lo borró todo. Ella parecía desesperada. Deneb... Deneb quería decirme algo. Algo relacionado con esas piedras. Pero no la dejaron. No sé quién, pero se lo impidió... La transmisión telepática se borró de repente. Dejé de verla, de escucharla...

—De modo que ella... es humana.

—Sí, señor. Tremendamente humana.

—Humana... ¿viniendo de las estrellas?

—Sí. Increíble. Pero real, comandante. Una mujer

bellísima. Humana. Como nosotros. Como ninguna mujer existió jamás en el mundo.

—Deneb, de las estrellas —suspiró Lennox—. Parece… parece una fantasía. Mitología pura, Brian.

—Sé que todo parece fantástico. Al principio creí que era mi imaginación, hasta que pude delimitar sus pensamientos, su propio ser. Pese a ese algo que se interpone, que lucha por evitar el contacto.

—Pero el lenguaje, Brian… El *lenguaje*… Aun imaginando un remoto mundo habitado por humanoides idénticos a nosotros…, ¿cuál es la razón de que hablen lo mismo, de que se hagan entender?

—No es cuestión de idioma, señor. Es contacto mental. Telepatía pura. La mente no tiene idioma. Es inteligente o torpe, se comunica o no. Nuestra, propia mente «traduce». No sé si la de ella o la mía. Quizá nunca lo sepamos. Pero yo la comprendo, y estoy seguro de que me entendió también ella a mí

—Brian, usted dijo que la radiactividad crece cuando usted establece contacto con Deneb. ¿Es cierto eso?

—¿No lo comprobó por sí mismo? Cuando la última subida radiactiva, la más peligrosa, acababa yo de sentir los pensamientos de ella.

—Sí, eso me pareció notar. Cuando usted… cuando usted la vio en su mente, Tagana… ocurrió lo peor. La más fuerte influencia radiactiva de esas piedras. Por cierto, ¿sabe que esas piedras o fragmentos de meteorito crecen por momentos?

—Las piedras no crecen, comandante —rechazó Tagana, ceñudo.

—Conforme. Esas sí crecen. ¿Qué pensaría usted de un fenómeno así?

—Pensaría dos cosas; que no son piedras. O que son piedras de otros mundos, donde las cosas no son como en nuestro planeta.

—He llegado a la misma conclusión. Brian, ¿qué más le dijo ella, esa mujer llamada Deneb?

—Que es una desterrada, señor.

—*¿Desterrada?* —se estremeció Lennox, aturdido—. ¿De dónde?

—De un planeta lejano. Muy lejano.

—¿Cuál?

—No lo dijo. O yo no lo entendí. Pero sí creí comprender de qué lugar del Cosmos...

—¿De qué lugar, Brian? —le apremió Lennox, cuyos ojos se fijaban en el rojo luminoso de un indicador de emergencia:

«RADIACTIVIDAD: 35.—
AUMENTA EL PELIGRO».

—De... de una galaxia remotísima. De una Constelación increíble, señor.

—¿Cuál, Brian?

—No... no sé si debo decírselo. Me creerá loco, comandante.

—Es una orden, muchacho. Dígalo —le apremió Kurt.

—Ella... ella habló de... de Hidra, señor.

—¡Hidra! —pegó un respingo Lennox. Se incorporó, mirando asombrado a su subordinado—.

Hidra… ¿Se da cuenta de lo que ha dicho?

—Me doy cuenta, señor. Hidra está lejos. Muy lejos…

—¡Lejos! —exclamó el comandante de la *Dolphin-31*—. ¡Habla usted de una galaxia que está nada menos que… A DOS MIL MILLONES DE AÑOS LUZ DE LA TIERRA…!

—Sí —suspiró Brian Tagana, inclinando la cabeza —. De ahí procede ella, señor. De ahí me llegaron los pensamientos de Deneb, la hermosa mujer desterrada de las estrellas.

* * *

—Los restantes tripulantes de la nave se han encerrado en la cabina de emergencia contra radiaciones —informó Stark, sombrío—. Informan que en interior de la cabina, la graduación sobre el tope de cincuenta, es de cuarenta y ocho. Si sigue en aumento a bordo, terminará venciendo las defensas de la cabina protectora. E incluso nuestras propias defensas en esta zona.

—Lo sé —Lennox paseó por la cámara, que era en realidad, puente de mando a bordo—. Esperemos que todo salga bien. ¿Han podido concentrar ondas destructoras sobre esas piedras?

—La Computadora así lo ha hecho —afirmó Marsh —. Estamos proyectando sobre ellas radiaciones desintegradoras de ultrasonidos, pero si fuese roca normal, incluso puro granito, estarían ya volatilizadas. Eso quiere decir que su estructura y composición es diferente a las piedras terrestres o lunares.

—Y tan diferente —suspiró Lennox—. Son las

primeras piedras que he visto crecer por sí solas.

—Y a medida que crecen, aumenta su radiación. ¿Cree que ambas cosas están relacionadas entre sí? —Era Yates quien preguntaba, en un alto de sus apremiantes transmisiones a la Tierra, dificultadas por la propia radiación a bordo.

—Estoy convencido de eso. Y también de algo más: existe una razón que provoca ese crecimiento de volumen y energía en las piedras doradas.

—¿Qué razón? —se sorprendió Yates.

—No lo sé —miró de soslayo, rápidamente, hacia el joven de color. Brian Tagana estaba inclinado sobre su trabajo en la pequeña computadora de bitácora—. Pero lo sospecho.

—No se estará refiriendo a esa absurda historia de Brian, sobre una mujer de las estrellas y…

—A eso me refería —asintió Lennox roncamente. Se frotó las sienes, como si hubiera entre ellas, en el fondo mismo de su mente, una loca, absurda, fantástica idea sobre algo que trataba de entender, de imaginar, de concebir. Añadió, perplejo, sacudiendo la cabeza—. Hidra… A dos mil millones de años-luz de nosotros, Yates. ¿Entiende usted esa loca dimensión, esa cifra fabulosa e inaudita? Dos mil millones de años luz… cuando un segundo, un solo segundo-luz significa trescientos mil kilómetros de espacio…

Y un minuto, dieciocho millones de kilómetros. Y una hora, mil ochenta millones de kilómetros… ¿Qué será un día, una semana, un mes…? Y un año-luz. Y cien años-luz. Y mil años-luz… Y un millón de años-luz. Y cien millones, y mil millones… No, Yates. Aún

más allá. Aún más lejos... A dos mil millones de años-luz...

—Dios mío, es inconcebible esa distancia, incluso para nosotros, que recorremos márgenes siderales, separaciones planetarias, espacios cósmicos…

—Cierto. Pues de ahí dice Tagana que llegó el mensaje mental de una mujer llamada Deneb, que los astros desterraron de su lejano mundo, inaccesible aún para nosotros. Un lugar al que nunca, nunca, podremos llegar. ¿Se da cuenta, Yates? Aunque la mente sea el más poderoso medio de comunicarse a la distancia... todo nuestro contacto con superhombre o supermujeres de lejanas galaxias, será siempre, *siempre,* tan sólo a distancia. Mentalmente. Lejana unos de otros. Separados por miles de millones de billones de millas, leguas o kilómetros... Con una insondable eternidad por medio, que el ser humano que el hombre viviente jamás cruzará, porque no puede convertirse científica, mecánica, técnicamente en pura luz. Y aunque lo consiguiese... tardaría esos dos mil millones de años en arribar a Hidra, en alcanzar a una mujer increíble, llamada Deneb, en más lejana constelación a la que el Hombre puede mirar con sus radiotelescopios...

—Las rocas espaciales, entonces, ¿en qué se relacionaran con la mítica Deneb de los sueños o de las percepciones extrasensoriales de Tagana? No pudieron llegar tampoco de Hidra, comandante —era ahora Darrin Stark quien hacía tan contundente y precisa argumentación a las palabras de su superior.

—Sí, eso es lo que me deja perplejo, desorientado.

No sé, Stark. Hay algo que no entiendo en todo esto. Algo que escapa a mi comprensión...

De súbito, nuevamente, Brian Tagana se incorporó. Todos le oyeron, claramente, gritar aquel nombre:

—¡DENEB! ¡Deneb!, no es posible!... Tú..., ¡tú aquí, tan CERCA de nosotros!... No, no has podido llegar... Nadie puede cruzar la Eternidad...

Estaba como alucinado, miraba ante sí, al vacío, buscaba, como frenético, en el negro cuadro estrellado del visor exterior de la nave.

Todos, fascinados, miraron en esa dirección también, acaso esperando ver a la hermosísima y fabulosa Deneb en la pantalla visora externa, como una aparición prodigiosa, recortada contra los astros.

Naturalmente, nada de eso sucedió. La noche espacial siguió idéntica, inalterable, insondable en su magnitud colosal, en su dimensión inaccesible.

Pero Tagana seguía inmóvil, erguido, mayestático, como sujeto a una hipnosis sobrenatural que nadie comprendía. Y Lennox, rápido, fue hacia él, apremiándole:

—Brian, ¿qué sucede? ¿Qué es lo que ve? ¿Qué le comunica *ella*?

Respondió insólitamente Tagana:

—Está aquí... Aquí, cerca de nosotros... MUY CERCA, señor... Viene hacia nosotros. *Viene* hacia el *Dolphin-31*, aunque parezca increíble...!

No parecía increíble. *Era increíble*. Lennox se dispuso a zarandear violentamente a su subordinado, a hacerle ver lo absurdo, lo imposible de sus palabras, de su afirmación actual, relativo a aquella hermosa

mujer de cuya existencia solamente él parecía saber, hasta el extremo de afirmar que venía hacia ellos, desde estrellas remotas, imposibles de alcanzar por ser viviente alguno.

Entonces, inesperadamente, de forma demoledora, llegó la voz de Alvin Marsh, cuajada de horror, de estupor, de total incredulidad:

—¡Comandante, venga acá! ¡Mire *esto*, por Dios! ¡Comandante, es... ES IMPOSIBLE!...

Lennox vaciló. De nuevo coincidían dos circunstancias, dos sucesos a bordo. Su duda se resolvió. El grito de Marsh era agudo, apremiante. Giró, corrió hacia él. Se inclinó sobre la Computadora, cuya pantalla informadora señalaba con dedo tembloroso Marsh, lívido el rostro, desencajada la expresión, alucinados sus ojos.

—¿Qué sucede, Marsh? —jadeó Lennox—. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

—Comandante, vea... Vea la Computadora... No hay error posible... o todo se ha vuelto loco a bordo, incluidos los circuitos de nuestro cerebro electrónico... ¡Mire *eso*, por Dios!

Lennox miró en la dirección que le indicaba Alvin Marsh. Miró *aquello*.

Y le sacudió un vivo escalofrío de pavor, de incredulidad, de asombro sin límites...

Porque en la pantalla de la computadora, aparecía nítido el letrero luminoso, de información electrónica:

«DISTANCIA ACTUAL AL PLANETA TIERRA:

»DOS MIL MILLONES DE AÑOS-LUZ.

»PLANETA HABITADO MÁS PRÓXIMO:
»ZHEN, DEL SISTEMA SOLAR AOX,
»EN LA CONSTELACIÓN DE HIDRA.»

—¡Imposible! —jadeó Lennox, lívido—. Dos mil millones de años-luz de distancia… en sólo unas horas… Eso *no puede* suceder, Marsh…

Y consultó su reloj, aturdido, para confirmar el tiempo transcurrido.

Era increíble. Pestañeó, contemplando aterrado la esfera de su cronómetro, medidor de tiempo en horas, minutos, segundos, fechas e incluso años…

Era como si hubiera enloquecido su maquinaria. Las agujas giraban alocadamente, a velocidad de vértigo. Las cifras desfilaban vertiginosas por las ventanillas de la espera…

Luego, de repente, se detuvo absurdamente, sin hora, fecha ni momento concreto.

Miró a Marsh, a Stark, que consultaban igualmente sus relojes. Observó su gesto de estupor. Contempló sus relojes.

Acababan de girar alocadamente, deteniéndose en seco.

—¡Mire, comandante! —rugió Yates, desde su punto de trabajo—. ¡La pantalla de visión exterior, por Dios!…

Lennox miró hacia allá, alucinado.

Extrañas formas galácticas, manchas luminosas, mundos azules, rosados, amarillos, colores increíbles, nubes galácticas fosforescentes, desconocidas, aglomeraciones de astros y de mundos insólitos… Y

debajo, en la Computadora, registrado aquel panorama cósmico insólito y desconocido:

«CONSTELACIONES VISIBLES:
»HIDRA.»

—Es cierto —sollozó tras ellos Brian Tagana, con voz convulsa. Deneb acaba de informarme mentalmente... Estamos... *estamos en Hidra*. No sé cómo fue..., pero estamos a dos mil millones de años luz del planeta Tierra, comandante...

CAPÍTULO V

Hidra.

Dos mil millones de años viajando a la velocidad de la luz.

En sólo unos instantes. Minutos, acaso sólo segundos…

Imposible averiguar el tiempo transcurrido. Los relojes estaban rotos. Todos. No había hora. No había Tiempo.

Tiempo…

Parecía ser el problema del *Dolphin-31*. El gran problema de Kurt Lennox. Y el de los hombres que con él, viajaban hacia un asteroide en el Cinturón Van Allen, a medio millón de kilómetros de la Tierra.

Medio millón de kilómetros… ¿Qué eran, ante dos mil millones de años luz de distancia? ¿Qué, ante la propia eternidad que simbolizaba aquella cifra ingente, fabulosa, fuera de toda lógica, de todo cálculo, de toda previsión, era?

La respuesta era ésa; estaba ante ellos, en la gran pantalla frontal de la visión exterior de la nave abierta al Cosmos: Hidra.

Una constelación remota. Una galaxia increíble. Una serie de miles de millones de mundos en lo que, para los radiotelescopios más potentes de la Tierra, había sido durante siglos casi el propio límite del Universo. Al menos, del Universo conocido…

—Hidra… —repitió por enésima vez un Kurt Lennox pálido, demacrado, convulso ante el espectáculo inverosímil de una novísima dimensión

espacial, ante miles de mundos, de asteroides, de soles, lunas, planetas, satélites y cuerpos celestes que flotaban entre luminosas manchas de estrellas acumuladas, de cósmicas aglomeraciones galácticas, nunca vistas por hombre alguno—. Hidra…

A su alrededor, sus más fieles y directos colaboradores eran testigos mudos, aterrorizados, incrédulos, de aquel prodigio estelar. Lo que nunca se soñó como posible, se había logrado. Lo que nadie alcanzó jamás, ni se pensaba alcanzar durante la consumación misma de los siglos, en todo lo que durase la actual civilización terrestre y su poderoso nivel tecnológico, limitado por líneas infranqueables de la propia Naturaleza y sus principios… se había alcanzado de repente. De súbito. Inesperadamente. Increíblemente.

Miles de millones de años… en sólo un instante.

—Mire, comandante… —dijo Alvin Marsh, con voz ahogada—. El grado de radiación a bordo… Ha disminuido… Ya está por bajo de treinta. No hay peligro a bordo.

Los sistemas de emergencia no funcionaban. No había luces rojas parpadeando. Ni sonaban las señales acústicas de alarma. Todo era normal a bordo.

Todo… menos *aquello*. Todo menos la visión exterior. Y el informe insólito de la Computadora: estaban en Hidra. En una constelación del Universo. En confines desde los que sería posible localiza nuevas, desconocidas galaxias más y más lejana hasta el fin del Universo. O hacia su principio, si todo formaba una enorme curva que iba a morir justamente

donde nacía.

Brian Tagana, el telépata, parecía el menos impresionado de todos. Como si ya hubiera podido presentir que esto iba a suceder. Que estaba sucediendo justamente lo que alguien le había pronosticado a distancia. Mentalmente. En su contacto psíquico mutuo.

—Se lo dije, señor —musitó—. Se lo dije, comandante... Tenía que suceder. Iba a suceder, yo lo sabía. Y ha sucedido...

—Deneb, la mujer de Hidra... —musitó Lennox y se volvió hacia él. Le miró, como alucinado—. Pero... ¿dónde está ella? ¿Dónde, Brian?

—No sé, comandante —señaló hacia la gran pantalla frontal—. Ahí... En alguna parte de esos mundos, de esas manchas luminosas, de esos planetas…

—Sí, entiendo..., pero me pregunto todavía… *¿dónde?*

—No hay duda de que desea conocerla —sonrió extrañamente Tagana—. Y ella a usted...

—¿Qué? —Lennox se volvió bruscamente. Miro a su subordinado de color—. ¿Qué tontería ha dicho, Brian?

—No es ninguna tontería. Es lo que ella piensa. Lo que me ha transmitido. Está deseando conocerle, verse ante usted, señor...

—Pero eso... eso es ridículo. No tiene sentido… Ni siquiera... ni siquiera nos conocemos Deneb y yo. Ni nos hemos imaginado el uno al otro, quiero decir. Miles de años luz nos separan... Casi una eternidad,

Brian.

—Es igual respecto a mí. Y yo sé lo que ella piensa, lo que ella desea...

—Es diferente. Usted es telépata. Tiene contacto con ella, aunque sea mentalmente. Para la mente parece obvio que no existen distancias, por fabulosas que sean. Pero para dos seres vivientes, separados por el Espacio y el Tiempo hasta límites inconcebibles...

—Puede ser igual, si uno se acerca al otro, por la razón que sea —sonrió Tagana—. Y eso ha sucedido ya. Usted está cerca de Deneb. Y lejos, muy lejos, inverosímilmente lejos de la Tierra, de su mundo, de sus gentes, de su ámbito normal. Como todos nosotros, comandante Lennox.

—Pero ha dicho que ella *desea* verme. No es posible. ¿Cómo sabría... que yo existo, que hay un Kurt Lennox en alguna parte del espacio, del Cosmos?

—Yo le transmití mentalmente su imagen, comandante. Yo le dije con mis pensamientos cómo era usted. Y ella... ella, señor... *se enamoró de usted.*

—¿Cómo? —aulló Kurt, estupefacto.

—Ya me ha oído. Se enamoró de usted. Sabe que van a encontrarse. Y sólo espera... sólo espera que usted... llegue también a amarla a ella —Tagana hizo un encogimiento de hombros, amplió su sonrisa, pero en sus oscuros ojos vivaces hubo como una sombra de tristeza, como un repentino ramalazo de amargura profunda—. Así son las cosas, señor. Cualquiera podría sentirse fascinado por ella. Enamorado profundamente, hasta la locura. Yo mismo, señor. Pero ella... ella está por encima de mí. Y de muchos como

yo. Posiblemente, de todos. De todos... menos de un hombre llamado Kurt Lennox, cuya imagen, transmitida mentalmente por mí, le hizo sentir, pensar, decir apasionadamente: «Le amo... Amaré a ese hombre mientras viva... y sólo espero que él sea quien venga a mí... y me saque de mi letargo de siglos y eternidades...»

Lennox miró, aturdido, a su joven subordinado. Hubiera querido reírse, burlarse de lo que juzgaba realmente absurdo. No pudo. En vez de ello, se limitó a susurrar, con gesto contraído:

—No, no... No puede ser... ¿Cómo podría suceder eso? ¿Cómo, Brian, encontrar en un Universo infinito... a una mujer perdida, desterrada de las estrellas...? ¿Cómo, Brian?

Tagana inclinó la cabeza. No podía contestar, evidentemente. Su telepatía, sus poderes parapsicológicos, no podían abarcar tanto.

De repente, Alvin Marsh gritó desde su guardia frente a la gran Computadora que regía la vida a bordo del *Dolphin-31*.

—¡Una señal en el radar, comandante! ¡Nos acercamos a una nave de naturaleza y origen desconocido!

—¿Una nave? —casi gritó Lennox, volviéndose en redondo.

—Eso dije; una nave que parece flotar en el espacio... Sin rumbo ni control fijo. Juraría que es una nave sin destino. Averiada, tal vez inútil, perdida en el Cosmos...

Lennox, vivamente, se volvió hacia la pantalla

exterior.

* * *

Una nave perdida. Sin rumbo.

Era eso, sin duda. Tenía que ser eso. Alvin Marsh había acertado en su predicción.

Una nave con aquellos desgarrones, era imposible que pudiera subsistir, sobrevivir al caos interior y la muerte.

Su largo, estilizado cuerpo blanco, resultaba luminiscente, herido por miríadas de estrellas de fría luz blanca. Flotaba inmóvil, inerme en el negro océano galáctico, frente a ellos.

Había sido preciso ampliar muchas veces el visor del panorama externo, para descubrir allí, a millones de millas aún, la forma brillante, inerte, solitaria y aislada, como un fulgurante ataúd que se perdía en la muerte silenciosa y helada del infinito.

Avanzó *Dolphin-31* al encuentro de la nave. La supervelocidad de los reactores iónicos era ahora a presión total. Aun así, el avance era lentísimo. Kurt Lennox, impaciente, golpeó el tablero de control de su nave.

—Quisiera ir a mil veces esta velocidad —dijo roncamente—. O tardaremos años en alcanzar ese cuerpo que flota tan lejos. ¿Seguro que es la nave perdida de Deneb, Brian?

—Seguro, señor —afirmó, rotundo, Tagana—. Las radiaciones mentales vienen de allí. No hay la menor duda.

—Bien. Espero que así sea... —entornó los ojos irritado—. Es la más absurda situación por la que

jamás pasé. Hemos intentado por todos los medios volver a la Tierra, comunicarnos por ella, por televisión, radio o microondas. No hay posibilidad alguna. Estamos tan lejos de la Vía Láctea, que nuestro mensaje nunca será recibido en la Tierra. ¿Qua pudo suceder para que esto fuera posible, Tagana?

—No sé… No lo entiendo. Sólo sé que ella lo hizo —señaló la silente nave perdida en el Cosmos—. Ella… o algo movido por ella.

—La radiación descendió —dijo secamente Kurt Lennox. Su mirada le probó que ya sólo era del grado 27, sobre un mínimo tolerable de 50. El peligro estaba remoto ya—. Y sigue bajando. El volumen de las rocas del meteorito, según los índices de a bordo, también ha disminuido notablemente.

—Tal vez esa radiación no era solamente del tipo radiactivo que tememos —señaló Darrin Stark, ceñudo —. Hemos dado por sentado que cualquier tipo de onda radiactiva es nociva para el hombre. Imaginemos que su grado es altísimo, pero su pureza total, y de alguna forma insensible por el organismo humano. En ese caso, la radiación pudo alterar los sistemas de propulsión, la propia energía… y hasta la materia. Una transformación de la materia, una desintegración de tal tipo que sobrepasara la velocidad de la luz, centuplicándola o más, nos daría acaso el fenómeno de que nosotros no advirtiéramos siquiera que *éramos desintegrados y transmitidos* a superdistancias remotas, sin posible traslado físico o material. Convertidos en algo menos que luz, como simples radiaciones agrupadas o dispersas, es teóricamente aceptable que

podamos habernos trasladado a cualquier distancia, por inmensa e inaccesible que nos parezca. ¿No opina como yo, comandante?

—Sí, Stark. Ya pensé en ello. Esas piedras radiactivas pudieron ser el vehículo. Pero a la vez anulaban los contactos con Deneb. ¿Por qué, si ella las envió para guiarnos y desplazarnos a distancias imposibles para la materia normal? —objetó Kurt Lennox.

—Ella nunca dijo que enviara nada para aproximarnos a su nave perdida —suspiró Tagana—. Pero sí parecía saber que el fenómeno *sucedería*.

—Habló también de un letargo de siglos, Brian —le recordó Lennox—. ¿A qué se refería al decir eso?

—Un cuerpo puede vivir en letargo, en un estado perfecto de hibernación. Sin moverse, sin que el Tiempo pase por él ni lo agote. Pero su mente puede estar viva, despierta… y comunicarse con los demás, si tiene esa facultad —explicó Brian Tagana—. Ella posee tal privilegio mental, señor. Y se comunicó conmigo durante su sueño sin fin. Por tanto, no creo que enviase al meteorito contra nosotros, sino que *sabía* que eso podía suceder. Y con ello, nuestra llegada a Hidra…

Lennox no dijo nada. Continuaba mirando, perplejo, la forma luminiscente de la nave cósmica de Deneb, con su fuselaje desgarrado, su aspecto de hermoso y futurista ataúd flotante, entre miríadas de indiferentes estrellas y abismos de negros océanos de vacío eterno.

—Pero… ¿cómo llegar ahora a ella? —musitó Kurt,

pensativo, mordiéndose el labio.

Alvin Marsh, indirectamente, le dio la respuesta:

—¡Mire, comandante! La radiactividad crece de nuevo. Y a tremenda velocidad... Alcanza ya el grado cuarenta y seis otra vez... Sigue subiendo... También las piedras aumentan de volumen, de luminosidad...

Simultáneamente a eso, algo sucedió en la gran pantalla.

Como en un imposible *travelling* cinematográfico, sobre millones de millas cósmicas, la imagen de la nave blanca se aproximó, se agrandó, se hizo cercana y nítida...

Roncamente, Stark manifestó:

—Estamos rozando casi la velocidad de la luz, señor... En pocos segundos estaremos justamente al lado de esa nave, sea lo que sea...

* * *

Segundos solamente.

Muy pocos segundos. Seis, ocho, acaso diez. No más. Ni uno más, desde luego.

Esos segundos... y estaban allí. Pegados a la nave blanca, estilizada, desgarrada, hermosa y perdida. Virtualmente adheridos a ella, porque la nave era al menos siete veces el volumen del *Dolphin-31*, y eso influía en su poder de atracción. Gravitatoriamente, la liviana astronave terrestre, era ahora como un pequeño vehículo adherido a su nodriza en los aires.

Estaban juntos. Viajaban juntos. Giraban juntos, en un vacío eterno, acaso en órbita sin fin, en torno a algún mundo lejano. O lanzándose en zambullida de muerte hacia algún sol remoto e ignorado, que los

engullera en su fuego eterno.

—La unión es perfecta, señor —suspiró Stark—. Estamos ensamblados a esa nave, sea lo que sea.

—Y lo que es, resulta altamente radiactivo —suspiró Marsh—. Hasta el grado setenta y dos, sobre el total tolerable de cincuenta. Pero nada sucede a bordo. Estamos sin contaminación radiactiva. En suma: son radiaciones inofensivas para el organismo humano.

—Estamos unidos a la nave… —Lennox se enjugó el sudor. Miró desesperado a Tagana—. Brian, ¿Puede captar algo? Pensamientos, ideas, algún mensaje mental de… de ella…

—No, señor —negó Tagana, inexpresivo—. Nada de nada.

—Entonces… entonces se supone que debemos explorar esa nave —suspiró Lennox—. Los reglamentos lo exigen. Todo cuerpo espacial desconocido deberá ser previamente examinado, si no responde a mensaje alguno. O destruido, si muestra hostilidad o peligro… Yates, ¿no logra comunicar con esa nave?

—Imposible, señor —rechazó el jefe de Comunicaciones de a bordo, quitándose con ira sus auriculares y cerrando las tres pantallas de TV en circuito cerrado, para volverse a su jefe—. No responde nadie. Ni creo que nadie reciba el mensaje. Se perciben parásitos numerosos, vibraciones varias, de un raro tipo. Eso es todo. Ni sonidos, ni voces, ni nada semejante.

—¿Computado algún dato por los mecanismos de a bordo sobre la nave desconocida, amigo mío? —quiso

saber Lennox, mirando ahora a Alvin Marsh.

—Estoy tratando de saberlo ahora —suspiró Marsh, pulsando un último resorte. Luego, accionó el mando de una pantalla luminosa informadora. Zumbó el Computador y desfilaron centenares de cambiantes cuadros luminosos de varios colores, por los paneles electrónicos de computación, lecturas, comprobación de datos del poderoso ingenio cibernético. Al final, Marsh señaló la pantalla, que se iluminó con unas palabras precisas. Indicó al comandante—. Vea eso, señor. Es la respuesta a sus preguntas… y las mías. Y creo que las de todos, en realidad…

Kurt Lennox leyó el texto aparecido en la pantalla luminosa del Computador:

«DATOS INSUFICIENTES. NO PUEDO JUZGAR.

»APARENTEMENTE, SOLO UNA VIDA HUMANA A BORDO.

»EN ESTADO LETARGICO O SUSPENDIDO, DE HIBERNACIÓN.

»NAVE AVERIADA.

»SISTEMAS ELECTRÓNICOS SUPERIORES A LOS QUE CONOZCO Y MANEJO,

DESTRUIDOS CASI TOTALMENTE POR CATACLISMO ESPACIAL.

»CUIDADO.

»TRAMPA DE MUERTE PARA EXPLORADORES DE LA NAVE, PREPARADA PARA QUE NADIE LA VISITE; DE

HACERLO, PERECERÁ EN EL INTENTO.

»SI ADOPTA PRECAUCIONES Y DESTRUYE LA TRAMPA MAGNÉTICA DISPUESTA, TODO PARECE INDICAR LIBRE TRANSITO INTERIOR NAVE.

»PRECAUCION ESPECIAL.

»INTERIOR CONGELADO POR AVERIA Y DESTROZOS. TEMPERATURA POR DEBAJO DE LOS SETENTA GRADOS CENTÍGRADOS BAJO CERO.»

—Entiendo —susurró. Se volvió a Stark—. Prepare el traje antitérmico.

—¿Sólo para usted, comandante? —se sorprendió su segundo.

—Sí. Sólo para mí. Seré el único en correr el riesgo. Para algo soy el comandante de esta nave y de esta expedición. Si algo ocurre, tome el mando en mi ausencia.

—¿Eso es una orden, señor?

—Es una orden, oficial Stark.

—Entonces, aceptada —se cuadró—. A sus órdenes. Pero no debería ir solo.

—No irá solo —sostuvo Tagana—. Yo iré con él.

—No —rechazó Lennox—. Usted no, muchacho. Sólo porque haya sido el vehículo para captar los pensamientos de ella, no debe correr peligro. Recuerde; hay una trampa mortal a bordo. Sea la que sea, yo debo arriesgarme, no usted.

—¿Es una orden, señor? —sonrió Tagana. Y añadió, rápido, anticipándose a la posible respuesta

afirmativa y contundente de su superior—: Recuerde que ella, si llegase a despertar, desconoce su lengua. Y usted, la suya, Incluso ignoran sus mutuas costumbres. Eso, para una comunicación puramente mental, no es problema. Yo sería... su traductor, comandante. Por eso le pregunté antes: ¿es una orden, señor... o puedo acompañarle, como deseo?

Kurt Lennox vaciló. Luego, inclinó la cabeza. Su voz sonó grave:

—Conforme, Brian. Iremos los dos... Y nadie más.

Los demás, nada objetaron. Brian sonrió, satisfecho, y se encaminó por su propio equipo, para arrostrar la peligrosa exploración de la nave flotante en el vacío.

Una vez solo Lennox con los otros subordinados, fue Yates quien le recordó:

—No olvide eso, señor: hay una trampa mortal a bordo... que ni siquiera sabemos lo que puede ser.

—Lo sé —sonrió él gravemente—. Y no crea que lo olvidaré con facilidad, en especial cuando esté cruzando el umbral de ese vehículo cósmico, desconocido para nosotros...

CAPÍTULO VI

El umbral del vehículo cósmico.

La puerta de lo Ignorado. El mismo límite entre lo familiar y humano, entre lo conocido y habitual, con aquello que nadie de la Tierra vio jamás.

Acaban de cruzar aquella sutil, invisible línea.

Entre un extraño metal platinado, desgarrado y fláccido en la noche eterna de los espacios siderales. Entre jirones de tejidos y de piezas ignoradas, que un cataclismo cósmico destrozó en el pasado.

Acababan de penetrar en la nave luminiscente, blanca, perdida, flotante en el Cosmos.

Y nada había sucedido aún.

Pero podía suceder ahora mismo. En aquel instante. O en el siguiente. En cualquier momento.

Ambos lo sabían. Ambos lo temían. Ambos lo esperaban, con todos sus sentidos alerta.

Kurt Lennox y su acompañante Brian Tagana eran dos formas sólidas y algo lentas, bajo el volumen, ya que no el peso, de sus livianos, pero complejos atavíos espaciales, de esférica escafandra, traje aislante, con cámara de vacío y mecanismos antitérmicos, diferenciándose entre sí por el color: blanco impoluto el del comandante, y verde hierba el de Tagana. Vistos en la noche eterna de los espacios infinitos, sus dos colores les podían diferenciar; a distancia, en especial para los observadores de la cromática pantalla de la televisión en color de a bordo del *Dolphin-31*.

Porque ellos, hasta el instante de cruzar entre fláccidos, desgarrados fragmentos de metal platinado,

sabían que eran seguidos por los ojos alerta de sus cámaras de TV, instaladas a bordo de su propia nave terrestre.

Luego, apenas se adentraron en la gélida oscuridad de lo Desconocido, a bordo de la otra astronave inmóvil en el vacío de las galaxias remotísimas en que se hallaban ahora, supieron que habían dejado de ser seguidos, salvo por los sistemas de radar y de microondas establecido en contacto con los receptores de su nave. De ese modo, aparte de la propia comunicación por radio, instalada con sus auriculares y micrófonos en los atavíos espaciales, podían sentirse relativamente seguros, unidos por un invisible cordón umbilical, a sus camaradas de a bordo.

Aparte eso, su autonomía era total. Poseían sus propios depósitos de oxígeno, sus armas, sus reactores de acción propia, con un combustible concentrado, en los equipos de sus espaldas. Eso y los imanes o adhesivos de sus zapatos espaciales, les servía de medio independiente para manipular, moverse o deambular por dondequiera que fuese, fuera ya del casco de su vehículo terrestre.

Al suelo de la nave desconocida, sumida en oscuridad, fría e inhóspita, se adherían fácilmente los imanes de su calzado. Eso indicaba que, sin duda, era una aleación metálica la utilizada en la fabricación de aquella nave de concepción singular y atrevida. El diseño y estilo del vehículo de origen ignorado, era digno de unas gentes que dominaban totalmente los conocimientos del espacio y sus problemas y desventajas.

Todo liviano, amplio, confortable, con predominio de curvas, de suaves rampas en su suelo, de formas ingeniosas y simples en sus dependencias y sistemas mecánicos. Observó Lennox la presencia de una compleja, a la vez que sencilla Computadora, sin duda de muy difíciles y amplias aplicaciones. Pero ahora recubierta de una costra de hielo que se extendía igualmente por encima de muebles adheridos al suelo o muros, livianos y audaces, de originalísima línea.

—Cuidado —susurró Lennox a su camarada de color, compañero de peripecia, utilizando los métodos de intercomunicación de sus atavíos del espacio—. En alguna parte ha de estar la trampa de muerte que captó nuestra computadora, Brian.

—No lo he olvidado, señor —musitó el negro—. Doy cada paso con toda atención. Espero no verme sorprendido...

—Me gustaría saber su naturaleza. Pero eso no pudo preverlo nuestro sistema detector, por desgracia. Sigamos, Brian. Ojalá este maldito frío espacial haya bloqueado también el sistema de funcionamiento de la trampa. Pero me temo que no sea así.

—También lo temo yo, señor.

Siguieron avanzando en silencio. Súbitamente, se detuvieron. Ante ellos, una puertecilla en el muro, de forma oblonga, aparecía recubierta de escarcha. Pese a ello, se descubría que la hoja de la puerta era vidriosa, translúcida cuando menos. Despojada de la película gélida, acaso fuese transparente.

La mano enguantada de Lennox frotó aquel hielo. Era duro de arrancar. Como una lámina de cristal

irrompible. Aplicó a las extremidades de los dedos en su guante térmico, una leve radiación eléctrica. El calor hizo gotear el hielo, convertido en agua que se volvía a congelar en goterones, antes de alcanzar el suelo.

Entonces les fue posible ver a través del cristal del panel de la puerta.

Y vieron el interior de la cámara.

Y vieron, fascinados, a la más hermosa e increíble mujer que jamás surgiera ante ellos.

Él supo inmediatamente que se trataba de Deneb. También lo supo Tagana. Ambos se miraron un instante, perplejos. Después, clavaron sus ojos asombrados en aquella forma fantástica y bellísima, tendida dentro de un tubo de vidrio sin escarcha ni hielo. Dormida apaciblemente, en reposo mayestático. Como una auténtica e insólita bella durmiente de los espacios siderales.

Era ella. La desterrada de la Constelación de Hidra. La mujer expulsada de las estrellas.

Deneb.

Una mujer. O un imposible.

* * *

Lennox probó la puerta. Su mano enguantada tanteó una especie de cierre magnético que la ajustaba herméticamente. Apenas rozado, emitió un leve chasquido.

Y la puerta, por sí sola, se deslizó dentro del panel metálico de la nave, dejando el paso franco. Brian Tagana, fascinado, contemplaba a aquella bellísima estatua marmórea, de viviente alabastro humano en

reposo, de azules cabellos, sorprendentemente tornasolados, de facciones sublimes, de desnudez velada, tenue, virginal y candorosa, espléndida y como irreal.

Luego, Brian avanzó, cruzó el umbral, en dirección a ella, adelantándose a los movimientos de su jefe, el comandante Lennox.

Este, en el acto, como en un ramalazo súbito y terrible que inundara de luz y comprensión su mente, supo que aquél era el paso definitivo al desastre.

Y lo había dado Tagana alocadamente.

—¡Cuidado! —aulló—. ¡Brian, no avance!...

Nunca supo realmente por qué lo intuyó. Acaso fue algo más que una premonición. Fue instinto puro, vivaz, súbito. Y con él salvó la vida a Tagana, porque simultáneamente, Lennox se lanzó sobre su compañero, le aferró por los hombros con fuerza, y tiró de él hacia sí, sacándole muy a tiempo de la cámara.

Fue tremendamente oportuno. La trampa de muerte funcionó entonces en la nave misteriosa de los astros.

Ante ellos, la puerta se deslizó de nuevo, cerrándose en forma hermética, a la vez que todo despedía chispazos violentos, los paneles se iluminaban con una descarga, luminosa de deslumbrante color cárdeno, y en medio de un resquebrajar violento de formas, la cápsula de vidrio, la propia Deneb y todo lo demás, desaparecía en medio de una llamarada; que, sin duda, provocó una desintegración masiva de cuanto contenía la cámara.

Afuera, jadeante, Tagana, contempló aquel caos en el que él mismo hubiera quedado inmerso, sin posible salvación, vencido por la astucia cruel y despiadada de quienes allí instalaron la trampa mortal.

—Dios mío… —jadeó el muchacho de color—. Era ella, ella misma, Deneb, quien… quien significaba la trampa…

—Sí, Brian. Era ella. Quien la encontrase, avanzaría deslumbrado hacia su lugar de reposo. Y encontraría la muerte, con la bella imagen de una mujer hermosísima, como último recuerdo de este mundo… Lo intuí muy a tiempo.

—Le debo la vida, señor…

—Bah, olvídelo. No tiene importancia. Igual pudo suceder a la inversa. O ambos caer en el mismo cepo. Es cuestión de fortuna, sólo eso.

—Fortuna y sentido común —murmuró, abatido Tagana. Bajó la cabeza—. Gracias, comandante. Nunca olvidaré esto. Si alguna vez debo dar la vida por usted, no dude que lo haré. Lo hubiese hecho siempre, pero con más motivo desde ahora.

—Le dije que lo olvidara —sonrió Lennox, pensativo.

—Hay cosas que nunca se olvidan. Nunca, señor… —sus ojos revelaron turbación, tras el vitrificado inalterable de su mirilla en la escafandra verde—. ¿Qué haremos ahora? Parece ser que la hermosa Deneb no era sino el dorado cebo para quienes pisaran esta nave. Ha debido ser aniquilada por la misma fuerza dispuesta para los intrusos…

—Es lo que parece —convino Kurt, contemplando

la puerta de vidrio, nuevamente cubierta de gélida escarcha—. Pero hemos de confirmarlo aún. Apártese, Brian. Utilizaré una carga disolvente, para ver lo que sucede.

Arrojó contra la puerta un pequeño huevo de materia quebradiza, que se estrelló contra el muro. Hubo un destello rápido, y luego empezó a derretirse la puerta y parte del panel. Poco después, había un hueco suficiente para cruzar al lado opuesto, sin tocar resorte ni sistema alguno de cierre o apertura.

—Antes de aventurarnos, utilizaré ahora un detector magnético, señor —dijo roncamente la voz del muchacho negro. Y Brian Tagana aplicó a la entrada un pequeño disco que, adherido al muro, empezó a emitir un zumbido continuado. Luego, cesó bruscamente.

Los dos hombres se miraron. Asintió Lennox. Avanzaron en la oscuridad, solamente alumbrados por los proyectores luminosos de sus escafandras, que emitían un suave resplandor, suficiente para manipular en la oscuridad helada de la nave destrozada.

Alcanzaron el interior de la cámara destruida por la fuerza explosiva anterior. Descubrieron en el suelo de la nave fragmentos de espejos metálicos, pulverizados. Lennox entendió.

—Era solamente un juego de espejos, Brian —dijo roncamente—. Deneb no estaba aquí dentro. Esto era una cámara vacía, que reflejaba algo situado en otro lado…

Se volvió. También Tagana. Ambos miraron otra

cámara situada más allá. Entonces sí vieron Deneb en su reposo cristalino, dormida en su sueño artificioso de hibernación.

Esta vez era ella. Directa. Frente a ellos, sin muros por delante. Tagana iba a avanzar cuando Lennox detuvo su impulso.

—No —silabeó—. Espere. Recuerde las precauciones. La trampa puede ser doble. O más complicada aún. Debemos estar seguros de cada paso que demos dentro de esta nave extraña a nosotros.

Aplicó ahora Lennox el disco detector en el suelo, donde se iniciaba la cámara en que Deneb parecía aguardar la consumación de los siglos y de los mundos.

El zumbido se repitió. Y luego el silencio. Eso significaba ausencia total de nuevos ingenios magnéticos en torno. Se movieron los astronautas. Llegaron hasta el cilindro plastificado, en cuyo interior yacía el cuerpo inerte de Deneb.

La contemplaron, fascinados.

—Es hermosísima —murmuró Kurt Lennox—. La mujer más hermosa que jamás vi. Ni siquiera pude imaginar algo parecido, Brian... Su mente telepática no me engañó...

—Es ciertamente hermosa —asintió Tagana. Humedeció sus labios, dentro de la esfera de su escafandra protectora—. ¿Cree que tampoco habrá trampa alguna en este encierro?

—Espero que no —acercó prudentemente el disco detector, con resultados negativos por completo. Suspiró Lennox, apoyando en el cilindro de vidrio sus

manos de material blanco aislante—. ¿Qué sucederá... si liberamos de su encierro a Deneb?

—No sé... —jadeó Tagana—. Podría morir, si el contacto con el vacío o con la atmósfera exterior se produce sobre un organismo en reposo indefinido. Ella parece viva. Sencillamente, se halla en hibernación. Y veo que, pese a las averías y fallos a bordo, su cápsula está en condiciones, y no ha fallado el sistema de hibernación. Pero ¿qué han previsto quienes así la pusieron? ¿Qué clase de procedimiento utilizaron? Según el tiempo que lleve aquí... podría transformarse en una horrenda momia, si al abrir esto, algo la hubiera afectado durante su reposo de posibles milenios, comandante, usted lo sabe.

—Claro que lo sé —roncamente, Lennox afirmó a la tremenda posibilidad sugerida por su compañero de excursión—. Creo que lo mejor será llevarla a bordo, con cápsula incluso. Y una vez en la *Dolphin*, de acuerdo con Doc Warden y los sistemas de seguridad más absolutos, proceder, a una de ambas cosas: o bien a conservar indefinidamente a esta hermosa mujer en su actual estado... o despertarla a la vida, y esperar así nuestro primer contacto con seres de otros mundos.

—Sí, comandante —musitó Tagana—. Creo que es lo más sensato. Vamos, cargaremos con la cápsula de hibernación. Y avisaré a la nave, para que alguien venga a ayudarnos, a salir de este vehículo y regresar al *Dolphin-31*.

Así se hizo.

Minutos más tarde, la nave blanca se quedaba atrás, flotando silenciosa y helada en el gran vacío

negro de los mundos y los espacios. Deneb, la hermosa estatua de alabastro y de cabellos azules, reposaba a bordo de la nave de Kurt Lennox.

Esperando el momento supremo de la vuelta a la vida. Del despertar de un sueño largo y profundo; Un sueño que nadie sabía lo que había durado. Ni sueño del cual ni siquiera estaban seguros que ella pudiera retornar a la vida.

* * *

Doc Warden estudió el cuerpo tendido dentro de hermético cilindro de vidrio, alimentado de una temperatura estable y eterna, por diminutos y concentrados depósitos de un fluido especial.

—Debe llevar años enteros ahí dentro —musitó sino son siglos, amigos míos. Es una hibernación especial y avanzadísima, que nosotros aún desconocemos. El hermetismo de la cámara, su materia vidriosa y el fluido inyectado dentro, con duración indefinida, suponen un notable progreso científico. El sopor de ella parece tan natural, que asombra. Puede que ya no exista, pero eso vamos a comprobarlo inmediatamente con mis detectores vitales a distancia. Adheridos a esta cápsula, nos darán una cifras que la Computadora clínica traducirá, dándonos una solución concreta y clara.

—Dios quiera que viva aún —murmuró Lennox, desprovisto ya de su traje espacial, aunque, como Doc y como los demás asistentes a la ceremonia en las dependencias clínicas del *Dolphin* iba enfundado en un uniforme esterilizado, que cubría sus manos, pies, cabeza y cuerpo, dentro de la bolsa plástica aislante

del exterior, y dotada de toda clase de medidas de esterilización, tanto para evitar contaminaciones a los astronautas, como a aquello que tocaran, en mundos exteriores.

—Vivirá —susurró Tagana, con un estremecimiento—. Estoy seguro de ello, señor…

Doc no dijo nada. Sentíase fascinado por el experimento. Volver a la vida a un ser humano de remotísimo mundo, posiblemente el único en todo el Universo, que tuviera paralelismo con el planeta Tierra, distante miles de millones de años luz de aquel paraje cósmico, era una experiencia aterradora y magnífica a la vez. Esa era su única pasión en ese momento. Por lo demás, sentíase tranquilo y desapasionado. Para él, Deneb era solamente el objeto central del más increíble ensayo de toda la historia de la Humanidad.

Procedió a establecer los sistemas detectores vitales. Luego, la Computadora clínica recibió los datos precisos, y comenzó su tarea. Programada para facilitar diagnósticos en las más difíciles condiciones, su respuesta no se hizo esperar.

Brotó una tarjeta plástica del mecanismo electrónico. Doc Warden la tomó, satisfecho. Miró al comandante Lennox y a Tagana. Suspiró.

—Vive —dijo—. Su estado físico es perfecto. Sus funciones vitales están supeditadas totalmente. Es como si la existencia, el movimiento, la circulación sanguínea, los latidos de su corazón y el funcionamiento de su cerebro, se hubieran detenido al unísono, en unas determinadas condiciones, que

impiden la coagulación de sus arterias, el fin de su vida, el fallo definitivo de su víscera cardíaca o la detención definitiva de su cerebro. Todo funcionará. En cuanto termine el proceso de suspensión o hibernación, amigos míos.

—Vive… —susurró Lennox, fija la mirada en ella —. ¿Y qué procede hacer ahora, doctor?

—Despertarla, desde luego —murmuró el médico, estremeciéndose de anticipado gozo en su experiencia sin igual—. Vamos, amigos míos. Ayúdenme a recuperar para la vida humana a un ser de tan lejanos mundos, pero sorprendentemente igual a nosotros…

Y decididamente, cerró una válvula interior, frenando la circulación constante y regulada de forma automática, del fluido paralizante de hibernación o «suspensión» vital.

Luego, de forma brusca, decidida, actuó sobre los resortes de cierre hermético de la cápsula, en el ambiente aséptico, esterilizado, purísimo, de la cámara especial en que se movían ellos ahora.

Lennox se inclinó el primero sobre la hermosa hija de las estrellas. La contempló, entre absorto y estremecido. Su fascinación por ella le retuvo conteniendo el aliento, contemplando a la bellísima mujer del Cosmos con ojos impresionados, incrédulos, expectantes…

Luego, de repente, sucedió.

Deneb abrió los ojos.

Sus párpados se alzaron, sin que su piel de alabastro, desnuda en el interior de la cápsula, sufrieras siquiera la más leve contracción o alteración,

conservando aquel tono marmóreo, que daba a sus formas turgentes y espléndidas, el aire de una olímpica representación estatuaria de la Belleza y la Perfección.

Deneb abrió sus ojos, sorprendentes lagos profundos, dorados y ambarinos. Y los fijó en el primer hombre que podía ver.

Luego, una voz dulcísima, cadenciosa, tierna y cálida, musical y como vibrátil, brotó de sus labios, suavemente coloreados de un naranja intenso y delicado:

—Lennox… Comandante Kurt Lennox, del lejano planeta Tierra… Te amo. Te amo ahora, creo que te amé siempre, sin haberte conocido, y sé que te amaré hasta morir, ocurra ahora lo que ocurra…

Aquellas increíbles, fantásticas palabras, habían sido pronunciadas clara e inteligiblemente. En la propia lengua de los astronautas. Pronunciando los sonidos como la más inteligente, culta y sensible criatura de la Tierra. No como la extraña hija de unas remotas estrellas perdidas en la eternidad del Universo…

CAPÍTULO VII

Kurt Lennox respiró hondo.

Levantó sus ojos, frotándose el mentón con nerviosismo. Miró a través del panel de vidrio, a la cámara esterilizada, donde Doc Warden, con su atavío aislante, aséptico, procedía bajo blancas luces radiantes, al examen total, exhaustivo, del físico de la hermosa mujer llegada de los mundos de Hidra. Un liviano tejido como hecho de estrellas y de nubes galácticas, envolvía, en una semidesnudez translúcida, la figura perfilada de aquella increíble Eva de los espacios siderales. Era toda su ropa. Era cuanto conocía como tal. Pero su candor no por ello se perdía o esfuminaba, sino que aún realzaba más el encanto virginal, la gracia ingenua, delicada sensitiva de aquella deliciosa criatura, pura perfección física, acaso auténtica perfección mental y psíquica también, a la vista de las sorprendentes cifras que un registro de Computadora analítica, iba presentando ante los maravillados ojos del comandante Lennox, en el exterior ahora de la cámara de examen psicomédico.

Sobre una base máxima, que era siempre de diez como tope, y de cuatro como mínimo para un ser inteligente de tipo medio, la Computadora iba detectando el resultado de los estudios y datos consignados por el médico sobre su asombrosa paciente:

- *Estado físico general:* *08*
- *Estado mental:* *10*

• *Estado psíquico:*	*10*
• *Vitalidad:*	*09*
• *Inteligencia natural:*	*10*
• *Reflejos:*	*10*
• *Salud:*	*10*
• *Fuerza física:*	*08*
• *Fuerza psíquica:*	*09*
• *Capacidad de reacción:*	*10*
• *Conocimientos:*	*09*
• *Nivel cultural:*	*10*
• *Fuerzas parapsicológicas o similares:*	*10*
• *Capacidad de adaptación a otros ambientes:*	*10*

Era increíble. Una supermujer, índices asombrosos de rendimiento, capacidad y fuerza. Deneb era un prodigio viviente. Además hablaba la lengua de los terrestres. Sus primeras palabras así lo habían indicado, para pasmo de todos.

Solamente después, supieron la simple explicación de tal fenómeno. Ella misma se lo había dicho:

—Mi mente se adapta a lo que le rodea. Leo sus pensamientos, su modo de pensar y de expresarse. Además, mis contactos telepáticos con Tagana me han dado orientación sobre su lenguaje. Puedo hablarlo, porque traduzco mentalmente mi propia lengua, comparada con la suya. Es un don natural de todos nosotros, los habitantes de Zhen, mi planeta

Así de simple. Un don natural. Otro prodigio increíble, en un ser de humanas condiciones física y psíquicas.

El examen del doctor Warden era positivo en todo. Era idéntica a ellos. Una mujer, sin diferenciación posible con cualquiera de la Tierra, salvo en su índice

de mentalidad, físico y facultades. El motivo de una vida humanoide en un planeta alejado dos mil millones de años luz de la Tierra, era un enigma. Incluso para ella. El gran enigma de un paralelismo en el Universo, de una duplicidad de mundos idénticos, en el asombroso conjunto de la Creación, en el variopinto mosaico cósmico de los mundos y de los soles.

—¿Está pensando en ella, comandante?

Alzó Lennox la cabeza. Miró a Darrin Stark, su segundo. Afirmó despacio.

—Sí, estoy pensando en ella. Esa mujer es… es un imposible. Está fuera de todo lo imaginado, Stark.

Su segundo miró los datos cifrados que emitía la pantalla del computador. Silbó entre dientes.

—¡Qué mujer! —susurró. Y añadió, burlón—: El que se case con ella, ¿cuándo podrá decirle la más pequeña e inocente mentira?

—Nunca —rio suavemente Lennox—. Ella las descubriría, sin apenas escucharle o mirarle a uno. Pero yo me digo, ¿qué hombre desearía mentir a una mujer como ella?

—Yo, desde luego, no. Pero me asustaría… amarla. Incluso eso, comandante.

—Sí, es posible que eso asuste a cualquiera —afirmó Kurt, impresionado—. Yo mismo, querido Stark, me siento aterrorizado ahora.

Darrin le contempló, pensativo. Luego, miró la silueta fascinante de la hermosa estatua viviente, allá en el consultorio aséptico del doctor Warden.

—Usted la ama, señor —dijo, afirmando más que

preguntando.

—Sí, creo que sí —aceptó Kurt Lennox, pensativo —. Como ella dijo, la amaba aun antes de conocerla, de hallarla en mi camino. Nunca sentí amor, pasión, por mujer alguna. Creí ser un hombre insensible a los encantos y la belleza femenina. Siempre me pronosticaron que sería un solterón irremediable.

Y de repente... todo eso tiene sentido. Todo eso se explica. A dos mil millones de años luz de la Tierra, Stark. ¿No es absurdo todo?

—Vivimos hundidos en un absurdo, comandante. Desde que saltamos la barrera Tiempo-Espacio, por un fenómeno de radiación inexplicable... Todo esto carece de sentido desde un principio. Cruzamos un abismo de dos mil millones de años luz... para encontrar a una mujer que parece nacida en la Tierra, pero cuya naturaleza es propia de los dioses del Olimpo, de una Mitología cósmica, y no de un simple ser humano. Ella despierta y jura amarle. Usted cree amarla ya desde antes de conocerla o de saber su existencia. ¿Qué significa todo eso?

—No sé, Stark. El destino, acaso. Un destino supremo que no sabe de Tiempo, Espacio, mundos ni galaxias, que no entiende sino el Amor. Por encima de todas las barreras.

—Ella le ama, comandante. O dice amarle. Y usted... también —Stark sacudió la cabeza, perplejo—. Es para volverse loco.

—Loco... —Lennox se frotó las sienes, aturdido—. Eso es lo que empiezo a pensar yo. Si no estaremos todos locos... o lo estamos solamente dos seres en toda

la Creación: Deneb y yo…

—¿Qué piensa hacer, comandante? Ni siquiera sabe si podremos regresar alguna vez a nuestro mundo, o deberemos buscar ese planeta Zhen, como una solución obligada para sobrevivir en un mundo lo más parecido al nuestro, como última solución de emergencia para unos parias del espacio, unos vagabundos del Cosmos.

—Hablaré de ello con Deneb —murmuró Lennox —. Si es que ella quiere o puede hablar de todo eso conmigo…

—Puedo y quiero hablar de eso, Kurt —sonó la dulce, melodiosa voz de ella, súbitamente, haciéndole incorporar de un salto—. Y de algo más, querido… De la muerte que ahora os acecha a todos, por culpa mía… y que viene ya hacia esta nave.

Stark y Lennox contemplaron, asombrados, a la hermosa Deneb que, con perfecto lenguaje, se expresaba ahora, apenas salida del consultorio del doctor Warden.

—¿Qué dices, Deneb? —susurró Kurt Lennox, incrédulo.

—Parece que ella dice la verdad, comandante —apoyó la voz grave de Doc Warden. El médico apareció tras ella, en la salida de su consulta—. Hay un peligro mortal para todos, que estará aquí de un momento a otro y…

En ese momento, el *Dolphin-31* sufrió una súbita, y brutal sacudida. Oscilaron sus muros, rodaron todos, dando bandazos violentos, perdido el equilibrio. Hubo un estallido en alguna parte, chisporroteos en los

sistemas electrónicos… y la nave quedó casi totalmente a oscuras, con la excepción de las luces autónomas de emergencia, discos de claridad independiente, colgando de los techos curvos de la nave.

—¿Qué sucede? —rugió Lennox, alarmado.

—Lo siento, Kurt —musitó ella, Deneb—. Creo que la Muerte ha llegado ya a bordo…

* * *

No existían aún sino las luces de emergencia en todas partes. Entró violentamente Lennox en la cámara de controles de a bordo. Yates y Marsh le rodearon, excitados.

—¡Nada funciona, comandante! —jadeó su subordinado, Alvin Marsh—. ¡Las Computadoras se han detenido, la televisión se apagó, y estamos aislados, bloqueados totalmente en el espacio, sin posibilidad de saber lo que ocurre afuera!

—Cielos… —Lennox se inclinó sobre los mandos de emergencia, manipulando en ellos inútilmente—. No entiendo qué pudo suceder. Al menos, deben funcionar los sistemas autónomos de emergencia…

Pero no funcionaban. En absoluto. Todos sus esfuerzos resultaron completamente vanos. A su lado, Deneb se expresó suavemente, apoyando su mano en el brazo del comandante.

—Kurt, debes escucharme —musitó con dulzura—. Yo te puedo explicar…

—Habla, Deneb, por Dios —suplicó, volviéndose a ella—. ¿Qué sucede a bordo?

—Son ellos, Kurt. Ya llegaron. Lo temía. Tenía que suceder. Hubiera querido evitarlo, pero no e posible.

Sólo así se explica nuestro encuentro… que jamás debió tener lugar.

—¿Qué estás diciendo? ¿A qué te refieres? —se exasperó Kurt Lennox.

—Hablo de… de ellos.

—*¿Ellos?* Sí, te he oído antes. Pero, ¿quiénes son *ellos*, Deneb?

—Los Sensitivos, Kurt…

—Los Sensitivos… No entiendo. ¿Alguien de tu planeta?

—Sí. Alguien de mi Sistema Solar, mejor dicho. Llegaron un día a Zhen. Ahora, nuestro mundo es suyo. Ellos lo controlan todo. Ellos me desterraron hacia la eternidad del Cosmos. Ellos están ahora aquí. En tu nave. Destruyéndola…

—Pero, Deneb, ¿por qué? ¿Qué mal les hice yo

—Encontrarme, Kurt. —Los lagos de oro y ámbar de ella, clavados en él, a la tenue luz de los discos luminosos de emergencia, eran dos profundas simas insondables—. Encontrarme, amarme, ser amado… El peor pecado para los Sensitivos. El Amor es una de las prohibiciones básicas del Poder…

—No puedo entender nada… —jadeó Kurt, pálido. La aferró con firmeza de sus brazos, la atrajo: hacia sí, hasta sentir contra su cuerpo la palpitante proximidad de aquella turgente estatua viva que era Deneb. Turbado, la apartó un poco, la miró, estremecido, añadiendo roncamente—: ¿Quiénes son exactamente… los Sensitivos? ¿Hombres como nosotros? ¿Seres humanos, como tú…, o como yo?

—No, no —gimió ella, moviendo su cabeza

desesperadamente. Dilató sus ojos de repente, y emitió un grito agudo. Señaló hacia el fondo de la amplia nave donde se dirigía el rumbo y destino del *Dolphin-31*. Señaló allá, angustiada. Su melosa voz musical, se rasgó de repente en un seco grito de alarma—. Mira, Kurt! ¡Eso… ESO son los Sensitivos!…

Se volvió en redondo Kurt Lennox, y una expresión de horror alteró su faz. Sus hombres lanzaron exclamaciones de vivo asombro y temor.

Y los Sensitivos se movieron hacia ellos…

* * *

Los Sensitivos.

El peligro. La muerte cierta. Los enemigos mortales de Deneb y de su mundo.

Y todo eso… era aquello. Solamente aquello.

Kurt Lennox clavó sus ojos estupefactos en aquellas formas vivientes que se movían hacia ellos. Sintió miedo. El profundo miedo a lo desconocido, a aquello contra lo que no podía ni sabía luchar.

Eran óvalos. Simples óvalos con vida e inteligencia. Globos amorfos, flotando, moviéndose hacia ellos, deslizándose pegados al suelo o al muro, como goma elástica, viscosa, humedecida en su superficie blanda y fofa, palpitante hasta la náusea, que iba dejando en muros y suelo, como huella pegajosa y fosforescente de su paso, unas burbujas, una baba que recordaba al rastro de los caracoles o de las babosas gigantes.

Sólo que cada óvulo, cada globo ovalado o lo que aquella materia viva pudiera ser, tenía el tamaño aproximado de dos o tres seres humanos juntos. Eran grandes, enormes, adiposos y repulsivos.

Uno de los hombres armados de la tripulación, al ver emerger aquellas formas nauseabundas, alzó su arma y disparó rápidamente contra ellas una carga corrosiva. No hizo el menor efecto en el óvulo herido, salvo abrir un boquete goteante, que se cerró en seguida, al estirarse el tejido como goma elástica, tras dejar en el suelo unos goterones viscosos, repugnantes, en los que comenzó a formarse, lentamente, otro pequeño óvulo…

Por contra, el tripulante del *Dolphin-31* que tuvo ese rasgo de agresividad y audacia, sufrió la réplica de los Sensitivos.

Uno de ellos rodó hasta él, le golpeó, derribándole. Gritó el astronauta terrestre. Perdió su arma. El globo se puso sobre él, flotando. Le envolvía en su viscosa baba fosforescente. El alarido del astronauta puso los cabellos de punta a Lennox y a los demás.

Luego, ante su horror sin límites… el Sensitivo *absorbió* al abatido, succionándole, envolviéndole en su materia viscosa, hasta hacerlo desaparecer, arrugado e informe, dentro de su ovalada forma de globo viviente.

Lennox, furioso, tomó su pistola de cargas térmicas, dispuesto a luchar ferozmente, a morir con aquellos monstruos, para rescatar a su subordinado, si aún era tiempo, a tan horrenda suerte.

—¡No, no, Kurt, mi vida! —gimió ella, envolviéndole con sus brazos. Y era tal su fuerza física, que logró retener a Lennox aun contra la voluntad de éste, haciéndole bajar su arma—. ¡Si haces eso seguirás la misma suerte de tu subordinado! ¡Son

invencibles, indestructibles, entiéndelo!

—Deneb, esas... esas cosas... se apoderaron de uno de mis hombres... ¿Cuál fue su suerte real? ¿Qué ha ocurrido con él, dentro de uno de esos malditos globos asquerosos?

—La peor de las suertes, cariño —gimió la hija de los astros, rodeándole aún con sus brazos patéticos—. El que cae bajo los Sensitivos y es absorbido... se transforma pronto en materia viscosa, se disuelve, sirviendo de alimento y fuerza a... a ellos.

—Dios mío... —tembló Kurt, angustiado—. Como flores carnívoras...

—Algo así. Pero mil veces peores. He visto flores carnívoras en mi planeta. Hay varias especies gigantes, Kurt. Ninguna de ellas piensa. Ellos, sí. Son materia inteligente. Controlada, además, por otra inteligencia suprema: el Poder.

—El Poder... —alucinado, dejó de contemplar a aquellos óvulos nauseabundos que cubrían ya todo acceso, encerrando a los tripulantes del «puente de mando» del *Dolphin*, en su propio recinto, sin salida posible. Miró de cerca el marmóreo rostro hermoso, nimbado de cabellos azulados. Un tinte de suave color rosado prestaba color a las mejillas de la hermosísima estatua viviente que era Deneb. Le preguntó, con voz rota—: ¿Qué es el Poder?

—La fuerza que domina mi planeta. Lo que me envió al espacio, desterrada para siempre.

—Desterrada, ¿por qué, Deneb? Son muchas las cosas que ignoro aún sobre ti...

—Desterrada por ser mujer, Kurt. Por conocer el

amor, por desear ser amada y amar. Por sentir como mujer. Es una rebeldía. En el Sistema, está prohibido amar, tener libertad de ideas, desear una familia que no surja de un tubo de ensayo controlado por ellos... También se prohíbe el sexo, se prohíbe la rebelión, la cultura, el estudio, la telepatía propia, sin sometimiento a los canales cerebrales de control del Poder...

—Cielos, es como una pesadilla. ¿A tanto han llegado ellos?

—Sí, a tanto. La mayor y más alucinante de las tiranías conocidas. Eso hace el Poder. Y sus leales servidores; ellos, Kurt —les señaló, allí parados, amorfos, palpitantes, horriblemente vivos, espantosamente astutos, silentes y amenazadores: Los Sensitivos—. Han invadido tu nave, y eso significa el fin de nuestra libertad. Yo volveré a Zhen. Para morir. Mi destierro no fue útil. Me ejecutarán. En cuanto a vosotros... seréis estudiados, analizados, sometidos al Sistema, al Orden. El Poder nunca desecha nada que le pueda ser eficaz...

—Pero ¿cómo llegaron aquí esos Sensitivos? ¿Y por qué, Deneb?

—Para esclavizaros. En seguida detectaron la nave, su proximidad a Zhen. El riesgo no lo admiten. Son demasiado listos para ello. El Poder les dio una orden. La cumplieron. Su velocidad de desplazamiento por el espacio es ingente. Se volatizan en corpúsculos invisibles, y una energía radial les envía a distancias inmensas. Así podrían llegar un día, como una semilla cósmica maldita... hasta la misma Tierra.

—Dios mío, Deneb... Y esclavizar así a... a nuestro mundo... Como hicieron con el tuyo —se horrorizó Kurt Lennox.

—Sí, así es, desgraciadamente— los ojos de ella le miraron con profundo patetismo. Sus labios anaranjados temblaron—. Kurt, siento ser para ti fuente de desdichas e infortunios... Y también para tu planeta lejano...

—Deneb, ¿por qué, entonces, nos llamaste a tu lado, nos trasladaste aquí? ¿Por qué no conformarte sólo con tu destierro en hibernación, con tus contactos a distancia con lamente de Tagana, mientras dormías tu reposo en el espacio...? ¿Por qué atraernos, hacernos saltar el límite del Espacio y el Tiempo, para llegar a Hidra en un salto vertiginoso?

—Kurt, yo... yo nunca hice eso —suspiró ella, mirándole profundamente a los ojos—. Yo no tenía poder más que para comunicar con Tagana a distancia, para presentir cosas, para presentirte a ti, y saber que te amaría apenas te viese... Pero traerte aquí, traer a tu nave... No, no lo hice.

—Entonces... ¿qué o quién pudo hacerlo?

Deneb le miró, pensativa. Sus ojos tuvieron un destello súbito, que se apagó en el acto. Luego, se encogió de hombros, con gesto inexpresivo. Pareció desolada.

—No sé, Kurt —confesó—. No puedo saberlo... Quizá mi poder mental fue suficiente para ello. Acaso vosotros mismos salvasteis esa barrera por un fallo o un factor imprevisible a bordo. O quizá el Poder os atrajo hacia acá... para estudiaros y destruiros, como

hizo antes con mi pueblo esclavizado.

—No —sonó una voz profunda, potente, que parecía llegar de todas partes y de ninguna a la vez—. No fui yo, Deneb, desterrada del planeta Zhen. Tú fuiste la autora de ese viaje de las criaturas que son como tú… Tú trajiste a esos hombres hasta mí. Y no volverán nunca a su mundo. Nunca, Deneb…

Miraron todos en derredor, buscando el origen de aquel sonido rotundo, que parecía vibrar en cada muro, haciendo retemblar la cámara en que estaban prisioneros de los Sensitivos.

—¿Qué es esa voz? —aulló Stark, furioso—. ¿Quién ha hablado?

—No, no lo busquen. Nunca darían con él —dijo amargamente Deneb—. Es el ser a quien jamás pudo nadie ver físicamente. Es… El Poder.

CAPÍTULO VIII

El Poder.

Era el Poder. La fuerza que movía aquel horror viviente que eran los Sensitivos. La poderosa influencia oculta que había sometido a un planeta. Y que quizá sometería a cuantos hallase en el Cosmos, con vida inteligente, hasta alcanzar a la propia, lejanísima Tierra, cuya distancia abismal no parecía ser obstáculo para entes o materia capaz de viajar a velocidades infinitamente superiores a la luz, transformadas en radiaciones puras, que luego recuperaban su estructura original.

Era demasiado espantoso todo. Como la más alucinante y angustiosa de las pesadillas imaginables.

Y ellos, todos ellos... estaban prisioneros ahora de el Poder. Como Deneb. Como el planeta Zhen, en el Sistema Solar de Aox, un sol de la Constelación de Hidra.

Presos en el propio planeta.

Dentro de su nave espacial, pero posados ya en un astródromo de Zhen. De vuelta con Deneb a la casa de ésta. Al mundo sometido del Sistema Solar de Aox. Y con un puñado más de hombres, procedentes de otro confín del Universo: Kurt Lennox y sus nueve hombres supervivientes.

Ellos... y el prisionero ciego, Rushkegee. Y Deneb. Doce seres en poder de una fuerza superior, que controlaba todo un planeta y alcanzaba aquellos cuerpos celestes que realmente deseaba.

—¿Qué clase de fuerza ha de ser ésa?

Era Kurt quien se hacía la pregunta una vez más, en medio del silencio que reinaba a bordo, en las cámaras del *Dolphin-31*, cuyas salidas bloqueaban los Sensitivos implacablemente.

Darrin Stark aventuró, pensativo:

—Ha de ser alguien de gran inteligencia y poder, comandante. Sólo así se explica que… incluso sea capaz de crear a su gusto el sonido de una voz. Porque según Deneb… el Poder no es humano. No tiene voz. La produce, eso es todo. Y escucha a distancia, y casi lee nuestros pensamientos.

—Deneb, ¿no tienes, ni siquiera tú, una noción aproximada de lo que pueda ser el Poder? —se interesó Lennox, acercándose a ella.

Una de las manos de alabastro vivo de Deneb, tomó la de Kurt. Eran como suaves plumas de cisne, ciertamente, acariciando los fuertes dedos nervudos del comandante de la astronave terrestre. Sus lagos de oro profundo no se desviaban de las facciones viriles y enérgicas del joven cosmonauta.

—No —musitó—. No sé lo que ello pueda ser. A veces, intenté descubrirlo, y fracasé lamentablemente, Kurt. No logré ahondar demasiado en el misterio, créeme.

—Sí, te creo… —suspiró Kurt—. Si tú, con tu mente privilegiada, no lo has conseguido nunca, ¿qué podemos esperar nosotros?

—A veces, hay cosas que escapan a las personas que se consideran superiores, y alguien da sencillamente con ello. Kurt, quisiera ir a tu mundo. Contigo. Ser feliz a tu lado, perder estos dones que

poseo. Porque, en realidad, lo hermoso es sentirse igual o inferior al hombre amado, no tener privilegios de naturaleza, como dotaron a mi raza y como nosotros mismos nos desarrollamos en este planeta, durante una civilización perfecta, de siglos de estudio y desarrollo de las facultades humanas.

—Hasta que llegó el Poder. Y los Sensitivos —dijo amargamente Lennox, mirando con odio hacia los accesos, bloqueados por los viscosos «globos» vivientes.

—Sí —dijo ella con tristeza—. Hasta entonces, Kurt…

Hubo un silencio. Lennox trató de mirar al exterior, por uno de los visores de su nave. No vio nada. Había docenas de óvulos pegajosos, vivientes, adheridos al exterior de su vehículo cósmico, como lapas o sanguijuelas pegadas a un cuerpo. Parecía gustarles el juego. Su baba repugnante se adhería también a la superficie exterior, dándole un matiz fosforescente y viscoso.

—Es atroz —jadeó—. Ni siquiera puedo ver cómo es tu mundo, Deneb…

—¿Qué importa eso? —se encogió ella de hombros —. ¿Un mundo como el tuyo? Acaso diferente en muchas cosas. Sus edificios y ciudades no se parecen a los que veo en tu mente, Kurt, a los que las radiaciones mentales de Tagana me describieron. Pero eso no importa. No cuenta para nada. Tú y yo somos los importantes. Y ellos. Tu gente, la mía. Los pueblos sojuzgados de los mundos que domina o dominará el Poder…

—Deneb, si pudiéramos hacer algo… Algo por destruir a todos ésos —señaló al exterior, bajando la voz—. O al Poder…

—Cielos, imposible —musitó ella, meneando la cabeza. Luego, reflexionó un instante. Hizo un gesto extraño, mirando fijamente a Kurt. Este notó que ella se concentraba. Y que parecía quererle indicar algo; que él mismo se concentrase, tal vez…

Lo hizo. Pensó en Deneb. Fija, obsesivamente, sin pensar en ninguna otra cosa. Súbitamente, se estableció la relación mental. Lo notó en seguida.

—«Sí, Kurt» —oyó susurrar los pensamientos de ella—. «Eso quería. Que pensaras. Sólo que pensaras.» Creo que el Poder no detectará mis pensamientos ni los tuyos. He bloqueado mentalmente toda otra emisión mental. Y creo que las paredes de tu nave nos ayudan bastante. Hay algo en ellas que el Poder no conoce. Y que puede sernos muy útil, Kurt. Pero, por Dios, no hables de ello, no lo menciones siquiera.»

—«¿Qué es ello, Deneb?» —pudo hablar mentalmente con ella, intercambiando con pasmosa facilidad sus ideas, sus reflexiones más profundas y complejas, en una experiencia fascinante, que le hizo envidiar las raras facultades de seres como Deneb, como el propio Brian Tagana.

—«Las piedras.»

—«¿Las… qué?»

—«Las piedras. Las radiactivas piezas desprendidas del meteorito.»

—«No entiendo…»

—«Kurt, tú preguntaste cómo pudisteis salvar esa

inmensa distancia, burlando el Espacio, el Tiempo y todas las normas conocidas, conforme a las leyes naturales físicas... No te quise responder entonces, porque el Poder lo hubiera sabido también.»

—«De modo que tú sabes en qué forma llegamos... pero no quisiste revelarlo.»

—«Exacto, cariño.»

—«¿Y qué diablos tienen que ver las piedras espaciales en todo eso? Nos causaron muchos problemas y temores, Deneb.»

—«Pero no os provocaron otro mal que el impacto del meteorito, ¿no es cierto? Esas piedras o fragmentos de meteorito en esta nave, poseen una radiación extraña, un fenómeno de energía desconocida, como habrá tantos y tantos en el Universo... Kurt, estoy segura de lo que voy a decirte, porque no hay otra explicación posible. Esa energía encerrada en las piedras, al ser emitida con fuerza, en forma de radiaciones que parecen peligrosas sin serlo, produce diversos fenómenos. Aíslan los pensamientos y dificultan las transmisiones telepáticas. Eso lo comprobó ya Tagana en su momento. Y lo estamos comprobando ahora, pudiendo comunicarnos mentalmente, gracias a mi fuerza telepática... sin saberlo el Poder ni interceptarnos nadie nuestra sondas cerebrales. Kurt, eso lo produce la energía de esas piedras. Como produce el mayor de los prodigios.»

—«¿Cuál, Deneb?»

—«Creo... creo que absorbe ciertos pensamientos fijos de algunas personas, los desarrolla hasta tal

punto, que proporciona una energía desconocida e increíble a ese ser… y le permite que SEA POSIBLE lo que imagina o desea. ¿Entiendes bien, Kurt?»

—«Eso… ¡eso sería fantástico! Como un cuento de hadas. La varita mágica de los relatos infantiles. O la Lámpara de Aladino. Tú… tú no lo entenderías, pero eso no puede ser… ¡Una energía que hace posibles los deseos! Es… absurdo.»

—«Para tu planeta. Para ti. Para vosotros. Como puede serlo para mí o los míos. Pero el fenómeno existe. La energía, también. Una piedra de propiedades milagrosas para el hombre. Quizá científicamente explicable. Un fluido o poder, una energía determinada que, al liberarse y captar los pensamientos del ser humano, les da FUERZA, tal poder, que los transforme en vehículos de sí mismos, y les da capacidad suficiente incluso para sobrepasar los límites de la materia y de sus leyes… y al llegar al supremo poderío de la realización de ese deseo fijo en la mente…»

—«Entonces, quien tuviera esa piedra… quien pensara… en algo… lo vería realizado.»

—«Posiblemente. Esa fue mi idea. Digamos que hay cosas que aún deseamos tú y yo. Por ejemplo…»

—«Por ejemplo, Deneb: liberar a tu pueblo. Aniquilar a el Poder. Y a sus Sensitivos entes, a esas abominables criaturas flotantes…»

—«Sí, Kurt. Y volver tú a tu mundo. A la Tierra. Conmigo a tu lado. Unidos para siempre, si tú lo deseas»… —los ojos dorados de ella eran patéticos, hermosos lagos de profunda ternura y pasión.

—«Deneb, deseo ambas cosas con… con toda la fuerza de que soy capaz —reflexionó él fuertemente—. ¡Si esas mágicas piedras del espacio funcionasen ya…!»

Deneb le hizo terminar con sus pensamientos. Al menos, en ese sentido. Se cortó la prodigiosa, excitante comunicación mental de ambos amantes.

Y fue porque en ese momento, flotantes formas viscosas aparecieron en la entrada de la cámara.

Y una voz retumbó, sin origen determinado, anunciando a ambos:

—¡Vamos, venid! El Poder os llama a su presencia…

Kurt y ella se miraron. Dócilmente, echaron a andar hacia la salida. De otro modo, sabían que serían aplastados y absorbidos por los globos vivientes, que harían de sus cuerpos alimento para su repugnante materia.

Se apartó el Sensitivo, dejándoles paso. Se unió a ellos, flotando lánguida, perezosamente a su lado, dejando aquella repugnante baba, sobre la que el calzado liviano y blando del joven astronauta, se deslizaba, resbaladizo, haciendo más repelente la impresión que le producía.

Así salieron de la nave, donde quedaban recluidos los demás. En el gran astródromo de Zhen, el planeta dominado, se veían miles, millones de óvulos vivientes, flotando como en una diabólica feria de globos pálidos y brillantes a la claridad tibia de un sol azulado en el cielo, cuya radiación de calor vital era muy tenue pero suficiente, y destacaba, nítido, en la cristalina atmósfera de un planeta cuyo cielo no

ofrecía la presencia de nube alguna hasta el fondo mismo del horizonte.

—Algunas cosas no son como en tu mundo —sonrió Deneb, caminando junto a él—. Aquí no tenemos agua, por ejemplo...

—El agua es arte de la vida misma, Deneb. ¿Cómo existir vida humana sin agua?

—Llueven unos vidrios que se disuelven, hidratando las tierras de cultivo —explicó la bellísima dama de los astros—. Y nuestros jardines y canales poseen un líquido espeso y de vivo color que nadie bebe, pero que hidrata todo. Nuestros cuerpos se hidratan con frutos especiales... Son diferencias de matiz solamente, Kurt. Mi organismo puede adaptarse a tu agua. Y a cualquier otra forma de existencia y de alimentación terrestre. Dios quiera que alguna vez lleguemos juntos a tu planeta...

Se detuvieron. Frente a ellos, hileras de Sensitivos parecían esperarles, flotando a ras de las rampas y pistas del astródromo. Enfrente, un vehículo circular, una especie de nave en forma de plato, se mantenía suspendida unas yardas sobre el suelo, sobre soportes magnéticos de visible luminosidad.

—Subid a mi nave —ordenó el Poder—. Os espero.

Se miraron. La voz venía, al parecer, del propio cielo, del aire mismo. Se acercaron a la nave circular. Descendió una especie de rampa, por la que subieron ellos, penetrando en su interior.

Mentalmente, Kurt procuraba pensar solamente en el Poder. Y pedir una y otra vez, con implacable insistencia:

—Quiero destruir al Poder. Quiero destruir al Poder, sea ello lo que sea... Quiero su destrucción total. La deseo.

Para nada pensaba en las piedras del espacio.

Procuraba aislar ese pensamiento, bloquearlo en el fondo de su mente, para que el Poder nada intuyera. Quizá en ese punto podía estar su esperanza. Su única esperanza, si la fantástica teoría de Deneb era cierta. De otro modo, el Poder no correría riesgos: destruiría la nave *Dolphin-31* con cuanto contenía, incluidos sus tripulantes.

Y con las piedras estelares, que eran su único asidero, su sola y remota esperanza...

Se hallaron en una cámara circular, de bajo techo. Frente a ellos, una gran Computadora parpadeaba. Era de rara forma, de vivo color plateado, de deslumbrantes pestañeos de luces de rara tonalidad.

Tras ella, sin duda, se ocultaba el Poder. Si esperaban ver a éste cara a cara, Kurt se llevó una tremenda decepción. Porque la voz, llegando de la gran Computadora les avisó duramente:

—Deteneos. Habéis llegado a la máxima proximidad de mi persona. Nadie debe verme cara a cara. Yo soy el Poder, y eso basta. Mi fuerza es total, absoluta. Yo ordeno. Yo dirijo a cuantos seres deseo. Quedaos ahí. Escucharéis mi voz. Sabréis mis intenciones... Y seréis mi ayuda más preciada para lograr cuanto quiero. Que, en estos momentos, es sólo una cosa: conquistar otro planeta hermoso. El tuyo, terrestre.

Kurt se estremeció. Permaneció inexpresivo. Deneb

no le miró siquiera. Ella había tenido razón también en eso. La Tierra estaba en peligro. La Tierra podía morir… a manos de el Poder y su espantosa legión de óvalos vivientes.

—No —dijo Kurt fríamente—. No te ayudaré en eso, quienquiera que seas. No puedes obligarme.

La Computadora emitió una risa rotunda y cruel. Sus palabras sonaron sordas en el recinto.

—¡Estúpidos! No se me puede replicar ni discutir. Haré lo que he decidido, Kurt Lennox, terrestre. Tú irás a tu planeta. Y mi semilla dominadora irá contigo. Aunque no lo desees, ni Deneb tampoco.

—Moriré, antes de ceder.

—No morirás. Yo sé cómo dominarte hasta hacer mío tu planeta. Irás sin ser dueño de ti mismo ni de tu voluntad. Tu cerebro será cambiado. Mi súper cirugía hará de ti un robot humano. Obedecerás al Poder. Y eso será todo. Ahora, puedes retirarte. Ya sabes lo que has de hacer: elegir el medio de colaborar. O de grado, o por fuerza. Y de paso, me revelarás tu gran secreto: el modo de salvar el Espacio-Tiempo de forma tan vertiginosa.

Kurt dominó un escalofrío. De modo que era así. No fue él quien les atrajo. No era cosa de el Poder. Parecía irse confirmando paulatinamente la audaz teoría de ella, de Deneb.

Las piedras. No pensó en ellas. No cometió ese error. Sólo seguía pensando hasta quedar exhausto:

—¡Dios mío, quiero destruir al Poder, quiero terminar con él, verle aniquilado!…

—Marchaos —sonó la voz potente de el Poder—.

Dentro de un espacio de tiempo breve, te haré llamar de nuevo. Espero tu respuesta afirmativa. O serás alterado mentalmente. Tú elegirás, Kurt Lennox. Y no pierdas el tiempo pensando lo que piensas. ¡El Poder nunca será destruido! Nunca…

Como profeta, el Poder resultó un fracaso.

Porque, de repente, y de forma violenta e inesperada… fue destruido.

CAPÍTULO IX

Resultó tan increíblemente súbito y sencillo, que Kurt Lennox nunca pudo saber cómo había llegado a ocurrir.

Pero el Poder fue destruido.

Inmediata. Absoluta. Totalmente.

Destruido allí, ante ellos mismos. Con un aparatoso estallido de chispas, con un violento llamear de la gran Computadora, repentinamente resquebrajada, rota, hendida por una fuerza incontrolable, que parecía llegada de la nada.

El Poder, o su máquina controladora, dejaron de existir. Hubo una densa humareda, un olor a quemado, a circuitos abrasados, ardientes... Y silencio. Total silencio.

Ni siquiera allá afuera se produjo reacción alguna. Kurt Lennox protegió a Deneb con sus brazos, corrió al fondo de la sala, y miró más allá del panel donde antes parpadeaban las mil luces de la gran computadora aniquilada.

No había nadie.

Nadie, salvo otro humeante tablero, sobre el que una corriente magnética accionaba alocadamente ahora resortes y controles. En una pantalla luminiscente, estallaban chispas a miríadas. Solamente eso. En el recinto cerrado, no había nada ni nadie... salvo cables, hilos, circuitos impresos, toda clase de complejos, desconocidos y extraños sistemas mecánicos y técnicos, formando un enorme cerebro electrónico de complicadísima estructura.

De repente, Kurt entendió. Se volvió a Deneb, la oprimió contra sí, le señaló todo aquel maremágnum de cables y circuitos. Y murmuró roncamente:

—Ahora lo veo claro, Deneb... ¿Y tú?

—Sí, Kurt —asintió ella, oprimiéndose contra el torso atlético del joven astronauta—. Ahora, sí... el Poder... era solamente eso.

—Una gran, una perfecta Computadora —concluyó Kurt—. El Poder era... un cerebro electrónico casi perfecto. Dios sabe quién o quiénes lo construyeron en algún otro confín del Universo... y el Poder cobró vida propia, de tan perfecto que era como máquina. Así alcanzó a ser lo que era. Lo que hubiera podido ser, Deneb...

—De modo que mi pueblo quedó liberado, Kurt. ¡Y tu mundo, a salvo también!

—Sí, Deneb. Vamos afuera. Veamos qué sucede con los Sensitivos...

Salieron lentamente de la nave circular. Contemplaron el horror sobre el astródromo. Una escena de destrucción y muerte, que les hizo felices. Un final trágico para todos los óvulos vivientes.

Los Sensitivos eran ahora simple baba, llenándolo todo, brillando bajo el sol azul del sol Aox, en Hidra.

Disueltos, corroídos, aniquilados. Muertos, al morir su supremo amo, el Poder. Extinguidos como la máquina perfecta que debió crearles y darles vida.

—Todo terminó, Kurt... —Deneb contempló, resplandeciente, aquel mundo suyo, aquel sol azul, aquel amanecer nuevo para su especie y su planeta—. Los hemos salvado a todos... Y nos hemos salvado

nosotros.

—Sí, Deneb. Mis deseos y los tuyos se cumplieron.

—Sólo con desearlo, lo hicimos. Esas piedras son unas maravillosas aliadas, estaba segura de ello.

—En mi mundo, sería muy peligroso ver cumplido cuanto se desea, Deneb —sonrió Kurt, descendiendo con ella hacia su liberado *Dolphin-31*.

—Kurt, quiero ir contigo a ese mundo tuyo lejano... —deseó Deneb.

—Pero tú... acaso ahora debas quedarte aquí, con los tuyos...

—Podría hacerlo. Pero no lo deseo ya. No podría vivir sin ti, Kurt...

—Creó que yo tampoco sin ti, Deneb —confesó él, mirándola tiernamente—. Pero el viaje, el largo viaje de retorno... ¿será posible? ¿Habrá aún suficiente energía acumulada en esas piedras... para volver nosotros a nuestro propio Sistema Solar, desde dos mil millones de años luz de distancia?

—Confiemos en que sí, Kurt —se estremeció ella—. Es vuestra última esperanza... y la mía. La única, además...

—Sí, la única... —admitió Kurt Lennox, con un escalofrío, al imaginarse para siempre en aquel planeta extraño, del cual nada sabía, salvo que Deneb era una de sus criaturas—. ¿Habrá energía para salvar el Espacio y el Tiempo otra vez?

Esa era la gran incógnita ahora. La más espantosa de las incógnitas...

* * *

Había habido suficiente energía.

Lo supieron cuando Alvin Marsh informó roncamente:

—Cinturón de Asteroides Van Allen, señor… Nos aproximamos. Dentro de dos horas llegaremos…

—Dos horas… —suspiró Lennox, consultando su reloj, que volvía a funcionar normalmente—. ¡Dios sea loado, lo logramos! Estamos de nuevo en nuestro Sistema Solar.

Hubo un clamor de júbilo, ante la noticia. Kurt se inclinó, dando instrucciones a su segundo, Stark, para alcanzar el Asteroide Van Allen 1079. Debían dejar en él a su recluso. Y continuar viaje a la Tierra…

—Señor, la radiación terminó —informó ahora Alvin Marsh—. Las piedras se extinguen por sí solas. Parecen consumidas, se volatilizan, según informa la computadora.

—No sé si celebrarlo o lamentarlo —musitó Kurt, rodeando con su brazo a Deneb, que besó su mejilla tiernamente—. Hubiera sido una auténtica varita mágica en mi mundo.

—Ya cumplió su finalidad —sonrió ella—. Es suficiente, Kurt. Deja que tus pensamientos sean como los de cualquier otro mortal. Y que yo también me adapte a tu mundo, y deje pronto de ser una supermujer…

—Deneb, ¿echarás de menos tu mundo lejano?

—No lo creo —suspiró ella. Miró a la gran pantalla visora del Cosmos—. Si acaso, lo añoraré un poco alguna vez. Entonces, lo buscaré con los ojos en el espacio.

—Será difícil que lo veas. Está tan lejos ya de ti… Y

para siempre, Deneb, cariño.

—Para siempre —sonrió ella. Miró ahora a Kurt, le rodeó con sus brazos—. Pero yo sabré que está allí, en alguna parte. Y entonces, al mirar tus ojos, veré en ellos todas las estrellas del mundo, amor mío. Y será suficiente felicidad para una desterrada de los astros lejanos.

Sus bocas se unieron.

El beso se hizo largo. Muy largo. Ahora, Deneb sabía lo que era besar.

Y parecía gustarle.

FIN